



Número 256
Noviembre 2024

HERALDOS DEL EVANGELIO

*La montaña que todos
debemos escalar*

Heroísmo llevado al martirio

Al entrar en vigor las leyes persecutorias, el 10 de agosto de 1926, se inició la dispersión del clero. [...] Cerrado el culto público, la atención privada a los fieles exigía esfuerzos sobre-humanos a los pocos sacerdotes que permanecían en sus puestos. Los bautizos, comuniones, extremaunciones y aun matrimonios eran solicitados continuamente y debían ser impartidos en medio de estrictas medidas de seguridad; siempre con el temor de alguna delación o aparición súbita de la policía. [...]

Cuando caen los primeros mártires de Cristo Rey, [el P. Pro] escribe a un amigo: [...] «¡Oh, si me tocara la lotería!», refiriéndose a su martirio. [...]

En la madrugada del 18 de noviembre, en medio de un gran despliegue policial, se logró la detención [del P. Pro, junto a dos de sus hermanos]. [...]

De los últimos días del P. Miguel tenemos entre otros testimonios el de su hermano Roberto, compañero de celda. [...]

Cuando el padre salía del subterráneo para ser fusilado, se le acercó uno de los agentes de la policía que le había arrestado y le pidió perdón, y el padre le respondió: «No sólo se lo perdono sino que se lo agradezco». [...]

Al darse cuenta de la situación, el P. Miguel permaneció sereno, con una gran tranquilidad; se le acercó el jefe del pelotón de fusilamiento y le preguntó si le pedía alguna cosa; respondió el padre que solicitaba permiso de rezar, se arrodilló y sacó de su bolsillo un rosario y un crucifijo que besó; permaneció en oración un momento, alzando los ojos al cielo. Se levantó y se volvió hacia el pelotón de ejecución, besó el crucifijo que tenía en la mano derecha; en la mano izquierda tenía el rosario, levantó los brazos en forma de cruz gritando al mismo tiempo: ¡Viva [Cristo Rey!] Y cayó fulminado por la descarga. [...]

Los testigos señalaron el carácter viril, modesto, y resignado, lleno de vitalidad

con el que sufrió el martirio. No demostró irritación alguna ni cuando se dio cuenta de que le quitarían la vida; su actitud devota quedó para siempre reflejada en las fotografías de su martirio. Uno de los soldados declaró: «Se levantó para ser fusilado con un brío que hizo commover a todos».

MENDOZA DELGADO, Enrique.

«Miguel Agustín Pro». In: *Verbo*. Madrid. Año XXVII.

N.º 269-270 (nov-dic, 1988), pp. 1179-1191.



El Beato Miguel Agustín Pro
antes de ser fusilado

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 256, Noviembre 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

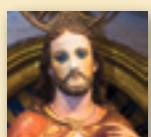
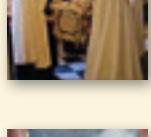
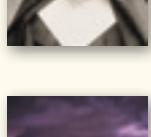
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

| | | | |
|---|----|---|---|
| Escriben los lectores | 4 |  | ¿La existencia del purgatorio tiene fundamento bíblico? |
| Ser o ser santo: ésta es la cuestión (Editorial) | 5 |  | Lección viva del Evangelio |
|  | 6 |  | 40 |
| La voz de los Papas – Verdadero campo de batalla | | | |
|  | 8 |  | Heraldos en el mundo |
| Comentario al Evangelio – Rey de la eternidad | | | |
|  | 16 |  | 42 |
| iRumbo a los pináculos del heroísmo! | | | |
|  | 20 |  | 44 |
| San Pío de Pietrelcina – El girasol de Dios | | | |
|  | 24 |  | 46 |
| Las canonizaciones y la infalibilidad pontificia | | | |
|  | 28 |  | 48 |
| Consejos de sabiduría para alcanzar la santidad | | | |
|  | 32 |  | 50 |
| San Zacarías – Un devoto de la Virgen | | | |



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

CONTRIBUCIÓN A LA FORMACIÓN MORAL Y ESPIRITUAL

Con gran satisfacción, alegría y emoción vengo a escribir estas líneas para la revista *Heraldos del Evangelio*, pues, como lectora asidua, tengo el deber de dejar constancia de cuánto los artículos y textos de la revista han contribuido a mi formación moral y espiritual de manera singular.

La formación espiritual que emana de las publicaciones sólo puede ser una inspiración del Espíritu Santo y de la Virgen, que nos mueven a tener más y más sed de los bienes celestiales. Debo subrayar que, además de los textos profundos y la buena calidad de todo el contenido, las fotos de la revista siempre están muy bien escogidas, de modo que es posible absorber el contenido en su totalidad.

Les agradezco inmensamente el extraordinario trabajo que llevan a cabo.

Natalia Viana

Mairiporã – Brasil

EL VERDADERO SENTIDO DE LA FE

Después de conocer la labor evangelizadora de los Heraldos del Evangelio, descubrí el verdadero sentido de la fe.

Maria Eduarda

Recife – Brasil

DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA DE LA SALETTE

Me gustó el artículo «Apariciones de La Salette – Señora, ¿por qué lloráis?», escrito por la Hna. María Angélica Iamasaki, EP. Ahora, en el rosario diario, tendré un motivo más de devoción.

Estuve en 1967 en el lugar de la aparición de Nuestra Señora de La Salette y no logré entender cómo sucedió la aparición ni a quién se le había aparecido. Tampoco comprendo

el motivo por el que a Nuestra Señora de La Salette no se le da publicidad como a Nuestra Señora de Fátima o de Lourdes, que también he visitado.

Herminio Gabrieli

Vía revista.arautos.org

«¡QUÉ RICA ES NUESTRA HISTORIA DE FE!»

Me encantó toda esta historia de tinieblas y luz a lo largo de los siglos, narrada en el artículo «Mont Saint-Michel – Fotografía en piedra de la mentalidad de un ángel». No conocía tantos detalles edificantes. Gracias por el artículo. ¡Qué rica es nuestra historia de fe y qué real es la presencia de Dios, a través de los arcángeles, entre nosotros!

Rejane Pereira Lima de Paula

Vía revista.arautos.org

AUXILIO PARA LA CONVERSIÓN

Me encantan las ediciones de la revista que publican ustedes. ¡Estoy muy contento de estar leyendo este contenido que me ha convertido!

¡Muchas gracias, Heraldos del Evangelio!

Lucas Ramos Aquino dos Santos

Vía revista.arautos.org

OBRA SERIA Y EDUCATIVA

Conocí a los Heraldos del Evangelio porque mi sobrina participa en sus actividades. Me he quedado encantada con la seriedad y la educación de esta obra.

Enhorabuena, Mons. João.

Rosenilda Santos

Jaboatão dos Guararapes – Brasil

REVOLUCIÓN EN LAS TENDENCIAS

Sencillamente espectacular el artículo «La Revolución en las tendencias – La más sutil de las revoluciones... y la más eficaz», escrito por la Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP. En particular, la explicación de que el paraíso estaba en el equilibrio de las potencias intrínsecas del hombre, manifestadas

en sus potencias externas. «Adán, sin embargo, expulsó de su alma este paraíso. Con su pecado se rompió el perfecto equilibrio que lo habitaba». De ahí todas las consecuencias que se derivaron, hasta llegar tendencialmente a conducir a la rebelión de los sentidos contra la razón.

Geiler Fernández P.

Vía revistacatólica.org

CUENTO INSPIRADOR

¡Qué hermoso e inspirador es el cuento «¿Aprender de unos pinceles?», de la Hna. María Gabriela Fiúza, EP! Se lo voy a contar a mi clase de catequesis de perseverancia.

Wellington Ricardo

Vía revista.arautos.org

FÍLOSOFO, TEÓLOGO Y SANTO

Santo Tomás es y será lo más grande en filosofía y teología, como vemos en el artículo «Tomás de Aquino, el Santo – Humildad, prudencia y piedad», escrito por Fabio Resende Costa. Que su humildad sea un ejemplo para quienes siguen sus pasos.

Maria de la Luz Álvarez

Vía revistacatólica.org

CRECIENDO EN LA DEVOCIÓN A LOS ÁNGELES DE LA GUARDA

¡Qué hermosa meditación contenida en el artículo de Plinio Corrêa de Oliveira titulado «Santos ángeles custodios – Protectores y abogados del hombre»! Todo absolutamente relacionado con el ángel de la guarda y la Virgen de Fátima. Gracias.

Daisy González Serrano

Vía revistacatólica.org

Gracias por compartir las bendiciones de nuestro ángel de la guarda y del santo rosario. La revista ha llegado a mí en momentos de dificultad. Bendiciones.

Janneth de Singh

Vía revistacatólica.org

SER O SER SANTO: ÉSA ES LA CUESTIÓN

Vivimos hoy en crisis. Crisis de costumbres, de doctrinas, de virtudes. La mayor de todas, no obstante, es la crisis de santidad. A menudo hallamos modelos de hombres de negocios, deportistas y estrellas de cine... Sin embargo, los santos andan un poco desaparecidos. Por no decir otra cosa.

Alguien podría argumentar que los santos serán siempre necesariamente raros, ya que pocos alcanzan el heroísmo en la práctica de las virtudes. Esto se debe a que muchas veces la santidad se entiende como algo arcano y utópico, aunque en realidad sea un imperativo evangélico: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Todos pueden y deben ser santos, en cualquier condición de vida y en «toda nación y raza, pueblo y lengua» (Ap 7, 9). San Agustín se preguntaba durante su proceso de conversión: «¿Por qué éstos o aquellos pueden ser santos y yo no?». En otras palabras, si Isidro, que era labrador, y Crispín, que era zapatero, llegaron a ser santos, ¿por qué yo no?

Hay, desde luego, falsos modelos de santidad. Nuestro Señor Jesucristo ya se enfrentó a los fariseos, perfectos «sepulcros blankeados» (Mt 23, 27), cuyos ejemplos jamás debían ser imitados. Y la Revolución, en sus distintas fases, también quiso presentar como «ungidos» o salvadores de la patria individuos como Lutero, Robespierre o Marx, cuyas vidas distan bastante de ser modélicas.

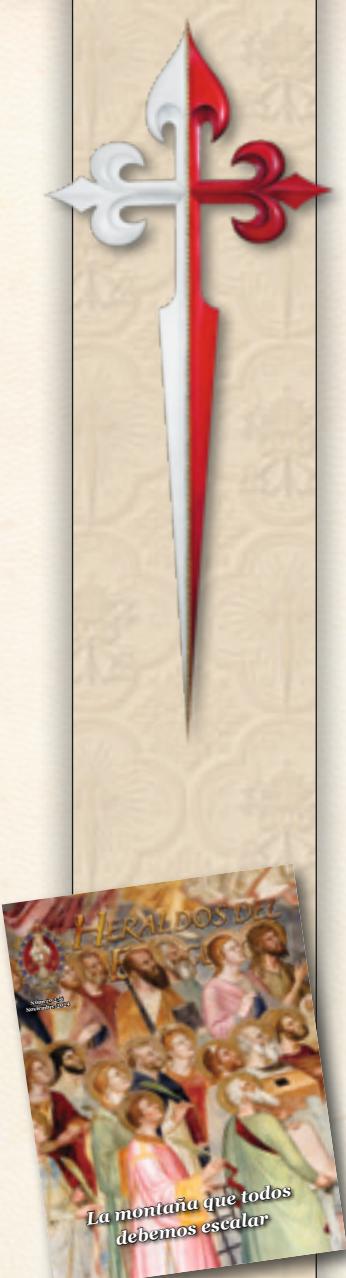
Pero mucho más nocivo que el mal ostensible es la falsa apariencia de santidad. Como recitó Camões, «enemiga no hay, tan dura y fiera, como la virtud falsa de la sincera». Hoy esta oposición se manifiesta sobre todo en el error que el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira denominaba «herejía blanca», es decir, una herejía no definida, desvaída, edulcorada y sellada por la indiferencia, que confunde santidad con sentimentalismo, con falta de combatividad y de sacralidad.

Para los seguidores de la «herejía blanca», San Francisco de Asís, santo cruzado, sería una especie de *hippie* protector de los animales; Santa Teresa del Niño Jesús, religiosa de grandes horizontes misioneros y pionera de las «noches oscuras» del sufrimiento físico y espiritual, una «santita» afable y sin fibra; Santo Tomás de Aquino, llamado en sus años de estudiante el «buey mudo» por su discreción y sencillez, un erudito ceñudo e insensible.

Toda esta falsificación de la santidad, con frecuencia, es hecha de manera consciente. Hasta los malos, en el fondo, saben quién es verdaderamente santo. Por ejemplo, con ocasión de la muerte de Santa Juana de Arco, un secretario del rey de Inglaterra gritó: «Estamos perdidos; ¡hemos quemado a una santa!». Y el mismo diablo reconoció la santidad de Cristo: «Sé quién eres: el Santo de Dios» (Lc 4, 34).

Tomando las etimologías griega y latina, respectivamente, de la palabra *santo* —*agios* y *sanctus*—, Santo Tomás de Aquino determina dos características esenciales, y contrarrevolucionarias, de la santidad: la pureza y la firmeza, sea como alejamiento del pecado y unión con Dios, sea como resoluta perseverancia en la virtud. Y esta alianza se encuentra bien sintetizada en el salmo: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (50, 12).

De estas consideraciones concluimos que la santidad está cada vez más distorsionada y abandonada y que, en la sociedad relativista en la que vivimos, no ser apóstol es ser apóstata. Abrazar la santidad según este mundo es seguir el camino de la herejía; y no ser santo, o al menos no buscar la santidad, es traicionar los principios evangélicos. En definitiva, sólo nos queda ser o ser santo: no hay otra opción. ♦



Detalle de «Camino de la salvación», de Andrea di Bonaiuto - Iglesia de Santa María Novella, Florencia (Italia)

Foto: Reproducción



Verdadero campo de batalla

Como los valientes de la tribu de Judá al regresar del cautiverio, debemos con una mano rechazar al enemigo y con la otra erigir las paredes del Templo santo, es decir, trabajar por nuestra santificación.

Debemos adorar las disposiciones de la Divina Providencia, que, habiendo establecido su Iglesia aquí abajo, le permite que encuentre en su camino obstáculos de toda clase y formidables resistencias.

Lucha que concluirá al final de los tiempos

La razón es evidente, porque la Iglesia es militante y, por tanto, está en lucha continua: lucha que hace del mundo un campo de batalla vivo y del cristiano un valeroso soldado, que combate bajo el estandarte del Crucificado; lucha que, iniciada con la vida de nuestro santísimo Redentor, sólo concluirá al final de los tiempos. Por eso cada día, como los valientes de la tribu de Judá al regresar del cautiverio, debemos con una mano rechazar al enemigo y con la otra erigir las paredes del Templo santo, es decir, trabajar por nuestra santificación.

Y nos confirma en esta verdad la vida misma de los héroes para quienes se acaban de publicar los decretos: héroes que alcanzaron la gloria no sólo entre negros nubarrones y pasajeras borrascas, sino en medio de continuos conflictos y duras pruebas,

hasta el punto de dar su sangre y su vida por la fe. [...]

El coraje llegará cuando la fe esté viva

En efecto, el coraje no tiene razón de ser más que en la medida en que tiene como fundamento una convicción. La voluntad es una potencia ciega cuando no está iluminada por la inteligencia; y no se puede caminar con paso firme entre las tinieblas.

Si la generación actual tiene todas las incertidumbres y dudas de un hombre que anda a tientas, es una clara señal de que ya no valora la palabra de Dios, que es la lámpara que guía nuestros pasos y la luz que ilumina nuestros senderos: «*Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis*» (Sal 118, 105).

El coraje llegará cuando la fe esté viva en el corazón, cuando se practiquen todos los preceptos impuestos por la fe, porque la fe es imposible sin obras, como es imposible imaginar un sol que no dé luz y calor.

Y los mártires que conmemoramos son testigos de esta verdad, porque no se puede creer que el martirio sea un acto de simple entusiasmo en el que se coloca la cabeza bajo el hacha para ir directo al Cielo; supone el largo y pe-

noso ejercicio de todas las virtudes, *omnimoda e immaculata munditia*.¹

Pura como un ángel, altanera como un león

Y para hablar de la que os es más conocida, la Doncella de Orleans, ya en su humilde pueblo natal, ya entre la licencia de las armas, se mantiene pura como un ángel, altanera como un león en todas los peligros de batalla, y compasiva para con los miserables e infelices. Sencilla como una niña, en la quietud de los campos y en el tumulto de la guerra, está siempre recogida en Dios, y es toda amor por la Virgen y por la santísima Eucaristía como un querubín.

Llamada por el Señor a defender su patria, responde a la vocación para una empresa que todos, incluida ella misma, creían imposible; pero lo que es imposible para los hombres siempre es posible con la ayuda de Dios.

Flaqueza de los cristianos, nervio del reino de Satanás

No exageremos, por tanto, las dificultades de practicar lo que la fe nos impone para cumplir con nuestros deberes, para ejercitarse el fructífero apostolado del ejemplo, que el Señor espera de cada uno de noso-



Santa Juana de Arco es atada a la hoguera,
«Las vigilias de Carlos VII» - Biblioteca Nacional de Francia, París

Más que nunca, la principal fuerza de los malos es la cobardía y debilidad de los buenos, y el vigor del reino de Satanás reside en la flaqueza de los cristianos

tos: «*Unicuique mandavit de proximo suo*»² (Eclo 17, 12).

Las dificultades vienen de quien las crea y las exagera, de quien confía en sí mismo sin la ayuda del Cielo, de quien cede cobardemente, temeroso a la burla y al escarnio del mundo. Por eso se ha de concluir que, en nuestros tiempos más que nunca, la principal fuerza de los malos es la cobardía y la debilidad de los buenos, y todo el nervio del reino de Satanás reside en la flaqueza de los cristianos.

Lamentación del Papa

¡Oh!, si se me permitiera, como lo hacía en espíritu el profeta Zacarías, preguntar al divino Redentor: «¿Qué son estas llagas entre tus manos? — *Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum?*» (13, 6a).

No cabría duda sobre la respuesta: «Me han sido infligidas en casa de los que me amaban — *His plagatus sum in medio eorum qui diligebant me*» (13, 6b); por mis amigos, que nada hicieron por defenderme y que, al contrario, se hicieron cómplices de mis adversarios.

«*Gran Dios, salva a Francia!*»

Y de este reproche, hecho a los cristianos negligentes y medrosos de todos los países, no pueden eximirse muchos cristianos de Francia; a la cual, si mi venerado predecesor la llamó nobilísima nación misionera, generosa, caballeresca, [...] yo añadiré a su gloria lo que al rey San Luis le escribió el papa Gregorio IX:

«Dios, a quien obedecen las legiones celestiales, habiendo establecido

aquí abajo diferentes reinos según la diversidad de lenguas y climas, ha confiado a gran número de gobiernos misiones especiales para el cumplimiento de sus designios. Y como otrora prefiriera la tribu de Judá a la de los demás hijos de Jacob y la dotase de bendiciones especiales, así eligió Francia con preferencia a todas las demás naciones de la tierra para la protección de la fe católica y para la defensa de la libertad religiosa. Por eso Francia es el reino de Dios mismo y los enemigos de Francia son los enemigos de Cristo. Por eso Dios ama a Francia, porque ama a la Iglesia, que atraviesa los siglos y recluta legiones para la eternidad. Dios ama a Francia, que ningún esfuerzo ha logrado jamás separar enteramente de la causa de Dios. Dios ama a Francia, donde en ningún momento la fe ha perdido su vigor; donde reyes y soldados nunca han titubeado en afrontar los peligros y dar su sangre por la conservación de la fe y la libertad religiosa». [...]

Lo que parece imposible a los hombres es posible para Dios. Y en esta certeza me afirman la protección de los mártires que dieron su sangre por la fe y la intercesión de Juana de Arco, que, como vive en el corazón de los franceses, repite continuamente en el Cielo la oración: «¡Gran Dios, salva a Francia!». ♦

Fragments de: SAN PÍO X.
*Discurso en la publicación
de los decretos sobre las
virtudes heroicas de
Juana de Arco, Juan Eudes,
Francisco de Capillas,
Juan Teófano Vénardy y
compañeros, 13/12/1908 –*

Traducción: Heraldos del Evangelio.

¹ Del latín: omnímoda e inmaculada pureza.

² Del latín: «Le dio a cada uno preceptos acerca del prójimo».



Gustavo Kralj

Cristo pantocrátor, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

EVANGELIO

En aquel tiempo,³³ entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». ³⁴ Jesús le contestó: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». ³⁵ Pilato replicó: «¿Acaso soy yo judío? Tu

gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». ³⁶ Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no

es de aquí». ³⁷ Pilato le dijo: «Entonces, ¿tú eres rey?». Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18, 33-37).

Rey de la eternidad

Antes de ser flagelado, coronado de espinas y crucificado, Jesucristo declara ante Pilato su soberanía sobre toda la creación: «Soy Rey».



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA MÁS AUTÉNTICA DE LAS MONARQUÍAS

Al recorrer las páginas del Antiguo Testamento, nos encontramos con un episodio de la historia de la nación elegida que llama especialmente la atención. ¿Cuál es su verdadero significado?

En determinado momento, los israelitas se sienten inferiores con relación a los otros pueblos gobernados por reyes, mientras que ellos viven en un régimen teocrático, dirigidos por Dios a través de los jueces. Entonces le piden a Samuel un monarca. Discuten con el profeta, que se indigna, pero después de todo son atendidos en sus anhelos. Finalmente, llega el momento de instaurar el nuevo régimen y Dios mismo ordena a Samuel que unja rey a Saúl (cf. 1 Sam 8, 4-22; 9, 17; 10, 1).

Ahora bien, esa monarquía así instituida nace de una infidelidad, y las palabras divinas, que le explican al último juez de Israel las razones que llevan al pueblo a actuar de esa manera, no dejan lugar a dudas: «No es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos» (1 Sam 8, 7). Por lo tanto, la nación elegida ya no quería ser gobernada directamente por Dios. Añádase también que las ventajas del personaje escogido parecen ser bastante terrenas y naturales: «No había entre los hijos de Israel nadie mejor que él. De hombros para arriba, sobrepasaba a todo el pueblo» (1 Sam 9, 2). A juzgar por la descripción, sólo bastó una presentación física prominente y

treinta centímetros más de altura que el hombre promedio para conferirle a Saúl el título de la supremacía.

Sin embargo, se pueden hacer conjeturas sobre las causas de lo ocurrido. ¿No habrá sido Dios quien inspirase en el fondo del alma de los israelitas el deseo, quizás implícito, de una realeza que sería instaurada de forma inédita en la faz de la tierra y, en cierto modo, vinculada a la eternidad? ¿No estaban esperando un rey muy por encima de cualquier imaginación humana? Bajo la influencia de dicha inspiración, bien distinta tendría que haber sido la formulación de la súplica de los ancianos al profeta: «Samuel, intercede por nosotros ante Dios. Esos reyes que gobiernan otras naciones son hombres miserables, egoístas y ególatras, que desprecian la naturaleza humana y buscan esclavizar a sus súbditos, a su servicio y para su gloria personal. Pídele al Señor un monarca como nunca le ha sido dado a ningún pueblo. Que sea él entre nosotros el reflejo de la bondad divina. Que reine sobre nosotros como Dios mismo y nos alcance la más hermosa manifestación de nuestra teocracia».

Pero, enloquecidos por el ansia de ser «como todos los otros pueblos» (1 Sam 8, 20), no supieron interpretar el soplo de la gracia. Muy por el contrario, lo materializaron, diciendo únicamente: «Danos un rey para que nos gobierne» (1 Sam 8, 5), y solicitaron la humanización de

*¿No habrá
sido Dios
quien
inspirase en
el fondo del
alma de los
israelitas
el deseo de
una realeza
que sería
instaurada de
forma inédita
en la faz de
la tierra,
vinculada a
la eternidad?*

*Al establecer
la fiesta de
la realeza de
Nuestro Señor
Jesucristo al
final del año
litúrgico, la
Santa Iglesia
declara al
mundo que
todo tiene
su fin y su
principio en
Cristo, Rey
del Universo*

Sergio Hollmann



aquello que Dios ciertamente quería darles, con inmensa abundancia, en el campo sobrenatural.

No obstante, Dios aprovechará esa infidelidad para realizar la mayor de las maravillas, incomparablemente superior a lo que los hebreos deseaban: una vez fundada la monarquía en Israel y, después, establecida la nueva dinastía a partir de David, de ella nacerá el verdadero Soberano, no sólo del pueblo judío, sino de todo el universo. Rey de majestad y grandeza divina, cuyo origen se pierde en la eternidad, que baja de alturas infinitas para salvarnos; Rey que da su preciosa sangre por sus súbditos: Cristo Rey, a quien celebramos en esta solemnidad.

II – SOLEMNE PROCLAMACIÓN CONTRA EL RELATIVISMO

El papa Pío XI¹ enseña cómo, a lo largo de la historia, las fiestas de la Santa Iglesia nacieron y fueron añadiéndose al año litúrgico, instituidas y organizadas por la cátedra infalible de Pedro con el fin de beneficiar a los fieles en función de las necesidades de cada época. Así, al rendir culto a los mártires, desde los primeros tiempos, la liturgia incentivaba la fidelidad, haciendo que las personas se sintieran apoyadas con su ejemplo y no renegasen de la fe en ninguna circunstancia.

Más tarde, debeladas las persecuciones por

la acción de la gracia y entrando los cristianos en un período de paz, también se conmemoraron las vírgenes, los confesores y las viudas, figuras innumerables con las que la Iglesia se iba enriqueciendo. Surgen entonces las fiestas de la Virgen y, al final de la Edad Media, cuando disminuye el fervor por el Santísimo Sacramento, se constituye una celebración propia, con la intención de adorar al sagrado cuerpo de Cristo bajo las especies eucársticas. Posteriormente, al medrar la frialdad rigorista que los errores del jansenismo habían propagado, fue instituida la festividad del Sagrado Corazón de Jesús. Infundir ánimo y reencender la esperanza de la salvación eterna fue su efecto.

Por fin, el 11 de diciembre de 1925, cuando ya se dejaba sentir la terrible y avassalladora ola de laicismo que invadiría todos los países y llevaría a la humanidad a darle la espalda a Dios, en el momento en que muchos católicos entregaban su sangre en defensa de Cristo y de su Iglesia, el papa Pío XI² hizo uso del poder conferido a Pedro con las llaves del Reino de los Cielos y proclamó con su voz infalible: ¡Cristo es Rey! La encíclica *Quas primas*, en la que se establecía la fiesta de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo al final del año litúrgico,³ tenía un especial significado como oposición al relativismo y al ateísmo: declaraba al mundo que todo tiene su fin y su principio en Cristo, Rey del Universo.

III – JESÚS DECLARA SU REALEZA

En la primera lectura (Dan 7, 13-14) de esta liturgia, la visión de Daniel nos muestra a Jesús en la manifestación de su grandeza regia: «A Él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron» (7, 14a).

En efecto, Él es el Rey glorioso, coronado en la eternidad y poseedor de la autoridad sobre toda la creación. Pero, paradójicamente, el Evangelio de San Juan presenta la figura de ese rey en una situación de humillación, con las manos atadas, a punto de ser flagelado, coronado de espinas, condenado por su propio pueblo, muerto y crucificado. Entonces, comienza uno de los diálogos más bellos de todas las Escrituras.

Cristo bendiciendo - Catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia, Barcelona (España)



«Jesús ante Pilato», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

El gobernador interroga al Todopoderoso

En aquel tiempo,³³ entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?».

De la pregunta se desprende que el gobernador ya había oído las denuncias de los miembros del sanedrín contra el divino prisionero (cf. Mc 15, 3; Jn 18, 28-30) y deseaba conocer sus intenciones. ¿Pretendería subir al trono de Israel y sublevar a los judíos contra el dominio de Roma (cf. Lc 23, 1-2)? ¿Se habría arrogado, de hecho, el título de Mesías cuando fue aclamado por la muchedumbre como Hijo de David al entrar en Jerusalén unos días antes (cf. Mc 11, 9-10)? Con todo, el romano veía ante él a un varón tan respetable, virtuoso, equilibrado y sumiso. ¿Realmente se trataba de un revolucionario?

³⁴ Jesús le contestó: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?».

La interrogación con la que Jesús replica a la de Pilato está llena de simbolismo. Este último se erige en señor absoluto con respecto a Él, puesto que va a juzgarlo. Ahora bien, Jesús es el Todopoderoso y, si lo hubiera querido, habría hecho que su interlocutor volviera a la nada, o incluso podría haberlo borrado de la memoria de los hombres. Sabía que los judíos lo habían calumniado y

que el gobernador obraba presionado por ellos, temiendo que sus intrigas le perjudicaran ante el emperador. Por eso le responde con calma, confrontándole con el problema, como si lo amonestara: «¿Eso viene de tu interior o tienes miedo de las calumnias que dirán contra ti?».

«Insinúa Jesús con estas palabras —comenta Teofilacto— que Pilato es un juez parcial, como si dijera: “Si dices esto por ti mismo, manifiesta las señales de mi rebelión; pero si lo oíste a otros, abre una indagación en regla”».⁴ Y San Agustín destaca: «Muy bien conocía Jesús tanto su pregunta como la respuesta que le había de dar Pilato, pero quiso que fuera expresada con palabras, no para que Él la conociera, sino para que quedase escrito lo que quiso que nosotros supiéramos».⁵

Jesús, signo de contradicción

³⁵ Pilato replicó: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?».

El gobernador, alegando que no le concierne la prisión del Señor, argumentará todavía que fueron los propios judíos los que se lo habían entregado. Ésa era la ocasión elegida por Jesús para declararse rey, a pesar de encontrarse en circunstancias que sugerían lo opuesto. Había entrado en Jerusalén aclamado como rey, pero dicha aclamación correspondía a una concepción baja, naturalista y terrena de la realeza. La nación quería llevar en triunfo a un poderoso de este mundo, a un mesías político, el cual, auxiliado con milagros, debería alcanzarle una salvación estrictamente humana: la eliminación de los impuestos y la supremacía sobre los romanos.

En relación con esa mentalidad materialista, el Señor será piedra de escándalo y signo de contradicción (cf. Lc 2, 34). Ante Pilato, representante del poder supremo de la época, dará de sí mismo y de su autoridad regia una visión muy diferente —la única válida—, toda ella sobrenatural, que será odiada y perseguida por no pocos a lo largo de la historia, pero que permanecerá como signo del cristianismo hasta el final de los tiempos.

Ante Pilato, representante del poder supremo de la época, Jesús da de sí mismo y de su autoridad regia una visión sobrenatural, que será odiada y perseguida a lo largo de la historia

Nuestro Señor es el Rey de los corazones, porque vino al mundo a ofrecer a los hombres la filiación sobrenatural, la cual consiste en la participación real en su naturaleza divina

La omnipotencia de la verdad

³⁶ Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

Es posible que alguien concluya que, con esa revelación, Jesús renuncia a su dominio sobre el mundo. Dicha afirmación carece de sentido al ser Él el Omnipotente, a quien el universo entero le está sometido. Al contrario, quiere recordar que ante todo es el Hombre-Dios, como explica Santo Tomás al citar el pensamiento de San Juan Crisóstomo sobre este pasaje del Evangelio: «Tú preguntas si soy rey; y yo te digo que sí. Pero por un poder divino, porque para eso he nacido del Padre, de una natividad eterna, como Dios de Dios, e incluso rey de rey».⁶

Por consiguiente, el verdadero alcance de su declaración es este: «Mi reino no es como los gobiernos de este mundo, ni de acuerdo con sus máximas». Más aún: como autor de la gracia y, principalmente, por la Redención que obraría, Jesús es el Rey de los corazones. Vino a ofrecer a los hombres la filiación sobrenatural, la cual no consistía en una adopción según el concepto humano, sino en la participación real en su naturaleza divina, como dirá más tarde el apóstol San Juan: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3, 1). Sí, hijos de Dios, herederos del trono celestial y príncipes de una casa eterna.

Algo había entendido Pilato del significado de la respuesta de Jesús. Inseguro y asustado, quizás recibiera una gracia dada por el propio Salvador. Así que manifestó la inquietud que lo invadía ante aquel majestuoso e incomparable acusado que se proclamaba Rey de la eternidad.

^{37a} Pilato le dijo: «Entonces, ¿Tú eres rey?»

Una vez más, Jesús no negará su realeza, y al respecto hará la última y más sublime de las afirmaciones: el Unigénito del Padre no vino a gobernar por la fuerza, sino por la omnipotencia de la verdad. Traía la explicación y el sentido de todo el orden de la creación, dando así comienzo al «Reino de la verdad y la vida, el Reino de la santidad y la gracia».⁷



Cristo Rey - Iglesia de San Martín, Arnhem (Países Bajos)

^{37b} Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

Y concluyendo el diálogo —registrado en cada uno de sus detalles por el Discípulo Amado—, como una invitación extrema «estaba intentando persuadir a Pilato de que se uniera a aquellos que eran receptivos a su enseñanza».⁸ Como si le preguntara: «Y tú, Pilato, ¿oirás mi voz?». Pero el gobernador romano no quiso atender a ese llamamiento y condenó al Justo, movido por el apego a su cargo. Oigamos la voz de la Verdad y adóremos al divino Rey que hoy nos anima, a través de la liturgia, a meditar sobre los fundamentos de su realeza.

IV – EL TRIPLE FUNDAMENTO DE LA REALEZA DE JESÚS

Rey por naturaleza divina

«El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder: así está firme el orbe y no vacila. Tu trono está firme desde siempre, y

tú eres eterno» (Sal 92, 12), canta el salmo responsorial de esta solemnidad de Cristo Rey. En efecto, como Hijo unigénito del Padre y segunda persona de la Santísima Trinidad, existió siempre desde toda la eternidad y creó el universo como su reino, sobre el cual tiene el derecho de gobernar, siendo Señor absoluto de los ángeles y de los hombres, y el Dominador de los infiernos, entre otros títulos. Por lo tanto, la primera razón del poder regio de Jesús es su naturaleza divina. Ante todo, Él es Rey por ser Dios.

Sin embargo, no se les atribuye la realeza a las otras dos personas de la Trinidad, ni tampoco hay en la liturgia católica una fiesta para rendir culto al Padre y al Espíritu Santo como reyes, aunque hayan estado asociados al Hijo en toda la obra de la creación. ¿Por qué?

Rey en cuanto hombre

Para que alguien sea rey —en el estricto sentido del término— es indispensable que tenga la misma naturaleza de sus súbditos. Ahora bien, entre las personas divinas esa característica sólo se encuentra en el Hijo, pues fue el único que se encarnó, conservando en su humanidad la plenitud de la naturaleza divina. Y desde entonces, además de Creador y Señor, empezó a ser nuestra cabeza.

¿Y cuál fue el primer trono de su realeza? ¡María Santísima! En su claustro materno y virginal el Todopoderoso tomó configuración humana, se convirtió de hecho en rey y comenzó su reinado.

Pero era necesario que la gloria de Jesucristo, como Hijo del hombre, fuese total y, para ello, aunque hubiese recibido el título de rey por la Encarnación, convenía que también lo conquistara a través de la Redención.

Rey por derecho de conquista

Creados en gracia y gozando de la amistad de Dios en el paraíso terrenal, Adán y Eva, no obstante, pecaron, abandonando las maravillas de la participación en la naturaleza divina. En consecuencia, el Cielo se cerró y los hombres empezaron a ser concebidos en pecado, privados de la vida sobrenatural. Toda la humanidad, esclavizada y condenada a la muerte espiritual, se encontraba en las redes de Satanás.

Sin embargo, desde que el Verbo de Dios decidió encarnarse, su Corazón Sagrado, divino y humano, lleno de bondad, misericordia y amor, se sintió movido por el afecto hacia cada uno de

nosotros como si fuéramos hijo único. Al derrotar al demonio, reparó la ofensa causada por la transgresión de nuestros primeros padres, nos liberó de la mancha original y nos abrió las puertas de la bienaventuranza; reconquistó y nos devolvió, en alto grado, lo que había sido perdido en el paraíso, trayéndonos el extraordinario premio de los sacramentos, sobre todo el bautismo y el perdón de los pecados, bienes insuperables por ser eternos, los cuales nos santifican y nos elevan hasta su naturaleza.



Angelis Ferreira

Nuestro Señor resucitado - Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Tampa (Estados Unidos)

Siendo Rey por naturaleza divina y por todas las prerrogativas inherentes a la Encarnación, Jesús adquirió también el título de realeza por derecho de conquista, como Redentor

Al fin del mundo, todos los hombres, buenos y malos, los que irán al Cielo y los condenados al infierno, verán de modo patente y ostensivo la gloria de Nuestro Señor Jesucristo como Rey



Francisco Lecaros

«Cristo en Majestad», de Fra Angélico - Catedral de Orvieto (Italia)

Además, en lugar de encarnarse en estado glorioso, asumió un cuerpo padeciente, hasta el punto de sufrir necesidades, angustias y penurias por nosotros, en toda su existencia terrena. Aun teniendo el poder de obrar la Redención del género humano con un simple acto de voluntad —sólo una sonrisa cuando nació, dirigida a su Santísima Madre!—, quiso cumplir su misión atravesando los tormentos inenarrables de la Pasión y entregando su propia vida. Permitió que fuera descargado sobre Él todo el odio que hay contra Dios, aceptó ser condenado en un juicio totalmente injusto y se dejó llevar por los verdugos a la muerte de cruz, cuando tenía poder para destrozarlos y aniquilarlos en un instante. Finalmente, con su Resurrección conquistó la nuestra y, habiendo subido al Cielo, sin cesar ofrece al Padre su sacrificio, a lo largo de la eternidad. Así, Él que ya era Rey, por naturaleza divina y por todas las prerrogativas inherentes a la Encarnación, adquirió todavía más auténticamente el título de la realeza como Redentor, por derecho de conquista.

La plenitud de la realeza

Sí, Nuestro Señor Jesucristo es Rey y su imperio se establece en dos etapas. En la primera, la de este mundo, su campo de realización es la Santa Iglesia Católica y su objetivo la santificación de las almas. La jurisdicción del Señor se ejerce en el interior de los corazones por la gracia y, en apariencia, deja actuar a los hombres según sus deseos, dado que

aún están en estado de prueba. Legisla por la infalibilidad pontificia, juzga en el confesonario y ejecuta sus decretos de forma no manifiesta. Con todo, ese reino es invencible, como Él mismo lo afirmó cuando prometió la inmortalidad a su Iglesia, diciendo «el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16, 18), y como ya prenunciaba también la profecía de Daniel: «Su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará» (7, 14b).

Además de no ser destruida —a pesar de todas las tentativas de sus enemigos—, la Santa Iglesia irá produciendo incontables frutos a lo largo de los siglos, siempre superiores unos a otros; pero sus últimos y más hermosos aspectos relucirán en el fin del mundo, el día en que el divino Rey consuma su victoria sobre la muerte, el pecado y el demonio, y sea glorificado como fidelísimo Hijo del Padre.

Entonces comenzará otra fase de su reinado. Por ello, en la segunda lectura (Ap 1, 5-8) de esta solemnidad, el libro del Apocalipsis nos presenta un horizonte hecho de grandeza que culmina en el Juicio final: «Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, [...] a Él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (1, 5-6). Todos los pueblos verán la gloria del Señor en cuanto rey —ahora de modo patente y ostensivo—, buenos y malos, los que van al Cielo y los condenados al infierno.

«Mirad: viene entre las nubes. Todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron. Por Él se lamentarán todos los pueblos de la tierra» (Ap 1, 7). Restaurada la creación en su orden perfecto, Él la devolverá al Padre y dirá: «Aquí está el poder que he conquistado. Te entrego nuevamente el universo en tus manos». Y, en ese momento, nuestro Rey habrá recibido la plenitud de la realeza por derecho de conquista.

V – SOMOS DEL LINAJE DEL REY

La solemnidad de Cristo Rey, al invitarnos a dirigir nuestra atención y nuestro corazón a esos panoramas grandiosos, pide la compenetración de especiales responsabilidades en nuestra vida.

Ya que participamos de la naturaleza divina y nos hemos convertido en hijos de Dios por el bautismo, entre otros privilegios nos cabe incluso su realeza, porque, además de ser cortesanos de Jesús, Rey de reyes, pertenecemos a su familia como verdaderos hermanos suyos, elevados a la categoría de príncipes. Quiere hacernos copartícipes de la felicidad que posee desde siempre como Hijo unigénito, gozando de la convivencia y familiaridad con el Padre y el Espíritu Santo, y nos asociará también a la manifestación de su magnificencia cuando venga en el fin de los tiempos. Ésa es nuestra nobleza.

Por consiguiente, si nos alegramos por ser del mismo linaje y de la familia real de Nuestro Señor Jesucristo, templos de la Santísima Trinidad, estamos obligados a llevar esa filiación hasta las últimas consecuencias en nuestra existencia diaria.

¡Señor, soy tuyo!

¿Qué pedimos en la Oración colecta de la misa de la solemnidad de Cristo Rey? «Dios todopoderoso y eterno, que quisiste fundar todas las cosas en tu Hijo muy amado, Rey del Universo, haz que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin».º ¡Que las criaturas lo glorifiquen en su grandeza regia! Ahora bien, para glorificar a su soberano, un súbdito debe, ante todo, ser fiel a sus leyes y recomendaciones.

Las leyes de mi Rey se hallan en los diez mandamientos, en el Evangelio y también en mi interior, por el sentido moral que he recibido desde la infancia. Con relación a ellas he de ser enteramente recto, perseverar en la gracia de Dios, tratando de practicar la virtud al máximo, con aspiración cada vez más acentuada a la perfección y a la santidad, pues nada ofende más a este Rey que el pecado. Si, por el contrario, elijo el camino del vicio y deforme mi propia conciencia para vivir en el indiferentismo, renuncio a la participación en su realeza y seguiré a otros reyes: el demonio, el mundo y la carne.

En esta magnífica solemnidad de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo, teniendo el alma inundada de tantas maravillas, bendiciones y gracias, deseo dirigirme a Él y decirle: «¡Señor, soy tuyo! ¡Soy tuya! A pesar de mis debilidades y flaquezas, reina en mi corazón, en mis pensamientos y sentimientos. Reina en mi alma a través de María Santísima, el trono que elegiste para nacer, Reina porque es tu Madre, y también mi Madre». ♦

Alegrémonos
de ser del
mismo linaje
y de la familia
real que
Nuestro Señor
Jesucristo, y
llevenmos esta
filiación hasta
sus últimas
consecuencias
en nuestra
existencia
diaria

¹ Cf. PÍO XI. *Quas primas*, n.º 21-23.

² Cf. *Idem*, n.º 25.

³ Según determinó el papa Pío XI en la encíclica *Quas primas*, la solemnidad de Cristo Rey se debería celebrar el último domingo de octubre: «Nos pareció también el último domingo de octubre mucho más acomodado para esta festividad que todos los demás, porque en él casi finaliza el año litúrgico; pues así sucederá que los misterios

de la vida de Cristo, conmemorados en el transcurso del año, terminen y reciban coronamiento en esta Solemnidad de Cristo Rey» (*Idem*, n.º 31). En la actual liturgia, no obstante, se celebra el último domingo del tiempo ordinario.

⁴ TEOFILACTO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Ioannem*, c. XVIII, vv. 33-38.

⁵ SAN AGUSTÍN. «In Ioannis Evangelium».

Tractatus CXV, n.º 1.
In: *Obras*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1965, t. XIV, p. 565.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Ioannem*. C. XVIII, lect. 6.

⁷ SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO. «Prefacio».

In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la CEE y confirmada por la Congregación para el Culto Divino. 17.ª ed.

San Adrián del Besós:
Coeditores Litúrgicos, 2001, p. 404.

⁸ SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilia LXXXIV, n.º 1. In: *Homilias sobre el Evangelio de San Juan (61-88)*. Madrid: Ciudad Nueva, 2001, t. III, p. 260.

⁹ SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO. «Oración colecta». In: MISAL ROMANO, op. cit., p. 403.

¡Rumbo a los pináculos del heroísmo!

NKBV / CC by-sa 2.0

¿Alguna vez te has preguntado dónde te gustaría pasar tu eternidad? Por cierto, una cuestión anterior a esa: ¿es realmente cierto que tenemos un lugar en el Cielo? La respuesta a estas incertidumbres resulta ser una interrogante aún mayor...

✉ Hna. María Julieta Neves Blomberg, EP



¿Será que en el Cielo estaremos eternamente recostados sobre esponjosas nubes, como imaginan ciertas representaciones de ángeles barrocos? Regordetes, de labios rosados, pelo rizado, expresiones faciales poco definidas, tocando arpas o violines y pareciendo que miran a la tierra como si estuvieran asistiendo espectáculos desde una tribuna de continuas diversiones. Si el Cielo fuera así, realmente trataríamos de buscar elelixir de la «larga vida», para permanecer en este mundo el mayor tiempo posible. ¡Qué tristeza, qué vacío, qué inmensa monotonía!

¡La mansión eterna no es el refugio de los blandos, los mezquinos, los interesados, sino la morada permanente de los héroes! «El Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan» (Mt 11, 12).

El más antiguo e inmenso de los ejércitos

El Cielo fue el primer campo de batalla, en el que «Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón» (Ap 12, 7). Al infame bramido de Lu-

cifer: «¡No serviré!», le siguió el grito de San Miguel: «¿Quién como Dios?», cuyo eco definiría el rumbo de la historia: ¡guerra al mal, gloria al Altísimo!

Esta lucha arquetípica del primer día de la creación continuaría en la tierra, donde el demonio fue expulsado con sus secuaces. Dios acababa de empezar a formar su escuadrón, el cual, sin embargo, sólo estaría completo cuando el hombre figurara en él, como elemento decisivo y primordial. Por eso, acabada la obra de los seis días con la creación de Adán, el Génesis narra: «Así quedaron concluidos el cielo, la tierra y todos sus ejércitos» (Gén 2, 1).

De hecho, si un ejército es una organización conjunta de fuerzas destinadas a la guerra, se entiende que todas las criaturas fueron dispuestas, desde el principio, como en una línea de batalla. Por lo tanto, ¡no sería conveniente que el Creador le evitara al hombre el honor de la lucha! Al permitir que la serpiente se introdujera en el paraíso, quería que surgiera un héroe de las dulces maravillas de una tierra de delicias.¹

Si este deseo no se cumplió, debido a la caída de nuestros primeros padres, al menos ha sido abierta a los hombres la vía del combate, aunque con el añadido de un enemigo más: la concupiscencia de la propia naturaleza, manchada por la culpa original. La tierra se ha convertido en el mayor y más antiguo campo de batalla, en el que los soldados se suceden, los enemigos se turnan, pero dos banderas ondean en constante e irreconciliable enemistad: la de Dios, sumo capitán y Señor nuestro, y la de Lucifer, enemigo mortal de los hombres.²

Entre estos dos comandantes oscila constantemente el ser humano, en una dura y bella realidad que no permite la opción de meros espectadores, porque, como en una verdadera guerra, la vida no transcurre en un anfiteatro. No hay tribunas, no hay alternativa a la retirada... No hay dos señores: o Dios, o el diablo.

La turba de los ruines

Nunca se ha visto en la historia que las fuerzas infernales intentaran hacer un tratado de paz con Dios; ¡al contra-

rio! Se lanzan con violencia y odio a atacarlo, especialmente en sus hijos y en la Santa Iglesia. Sin embargo, para atraer al hombre a su partido, el mismo demonio lo invita a un tercer campo de fantasía: una vida fácil, sin esfuerzo, sin lucha, sin compromiso con la causa del bien, ni compromiso taxativo con el principio de las tinieblas, mediante la connivencia con «pequeñas» faltas no combatidas, quizá pecados graves disfrazados, repetidos... ¡He ahí la vida de los mezquinos!

Causa estupor el castigo, narrado en el libro de Daniel, que Dios le infligió al rey Nabucodonosor, quien, habiendo sido expulsado de entre los hombres, comía hierba como animal de ganado (cf. Dan 4, 30). Era mejor no haber nacido que verse reducido a un estado humillante e inferior a lo que exigiría su naturaleza humana y su honor de monarca. Él, que en otro tiempo había sido grande y poderoso, cuya altura alcanzaba las estrellas, cuyo dominio se extendía hasta los confines de la tierra... (cf. Dan 4, 19). ¡Qué abismo de diferencia!

Ahora bien, ¿qué podemos decir del hombre que —llamado a ser príncipe en el orden de la gracia, hijo de Dios y heredero del Cielo— opta por abrazar una vida meramente animal, ávido de placeres y de bienes terrenales, ajena en todo a las realidades del Cielo?

No son dignos del premio eterno los indiferentes y tibios, cuya suerte tan bien expresó Dante en la *Divina comedia*: «A aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos».³ Son como

Pilato que, inmortalizado en el credo, sigue siendo el paradigma de lo que no hay que ser: el mediocre traidor.

En la cruz de la fidelidad y del heroísmo

Si nuestra existencia es una guerra, en la que estamos inevitablemente implicados, hemos de luchar siempre, so pena de perder la vida del alma y la bienaventuranza eterna. «Nadie, mientras sirve en el ejército, se enreda en las normales ocupaciones de la vida; así agrada al que lo alistó en sus filas» (2 Tim 2, 4). Nuestro capitán ya nos ha trazado el camino: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24). Para estar bajo el lábaro del divino Comandante, debemos inmolarnos con Él en la cruz de la fidelidad a los mandamientos.

La conducta de los santos no fue diferente. La Iglesia los define como

fieles que «han practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios».⁴

Ahora bien, los gigantes en la virtud no se forman de repente, como reflexiona el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira: «El heroísmo milimétrico, tan pequeño que se confunde con la vida cotidiana, es un primer paso en el camino de la ascensión»,⁵ porque, como una montaña, la santidad también comienza desde la base y no a mitad de camino. Cuanto más alto subamos, más nos sentiremos atraídos. Surgirán dificultades, habrá tremendo precipicio, temibles desfiladeros, animales amenazadores, toda clase de peligros; no obstante, ¡debemos avanzar siempre si queremos alcanzar los pináculos del heroísmo!

Así pues, hemos de concebir la vida en este mundo a la luz de la batalla, porque, a nivel individual, puede ser vista como una fábrica de héroes en la cual se forjan los santos de Dios. La santidad «no es otra cosa que un gran heroísmo que entusiasma toda el alma y la hace capaz de gestos tan

elevados y tan grandes que, sin el auxilio de Dios, el hombre más energético del mundo no sería lo suficientemente fuerte para realizarlos».⁶

Un reino arrebatado a la fuerza

San Jerónimo⁷ nos explica que todos debemos hacernos una gran violencia para alcanzar el trono del Cielo, porque, como hemos sido engendrados en la tierra, debemos conquistarla por virtud, ya que no podemos obtenerlo por nuestra naturaleza. Ahora bien, si somos terrenales, ¿cómo podemos reproducir en



Considerando la lucha que todo hombre debe librarse en la tierra, la vida es como una fábrica de héroes en la que se forjan los santos de Dios

«Camino de la salvación», de Andrea di Bonaiuto - Iglesia de Santa María Novella, Florencia (Italia)

Reproducción

nosotros mismos los rasgos del hombre celestial (cf. 1 Cor 15, 49)?

Cualquier criatura puede lograr fácilmente los fines proporcionados a su naturaleza. Las plantas crecen, los pájaros migran, los peces nadan, los animales buscan alimento, se refugian del peligro, preparan su ofensiva, en definitiva, garantizan su subsistencia. Del mismo modo, el hombre se desarrolla y alcanza los límites del conocimiento, pero su fin último, que es en la bienaventuranza eterna, excede su capacidad natural. Por lo tanto, así como la flecha es lanzada hacia el blanco por el arquero, la criatura racional, capaz de la vida eterna, sólo puede alcanzarla por la gracia de Dios.⁸

Sólo Él puede introducirnos en la vida eterna. Sin embargo, con extremo amor quiere darnos el mérito del esfuerzo y, como resultado, una mayor recompensa de gloria. Es cierto que nos creó sin nuestro consentimiento, pero no quiere salvarnos sin nuestra colaboración.⁹ Así, la lucha espiritual, aunque ardua y continua, consiste sobre todo en un carteo divino en el que Dios nos concede la gracia y, a nuestra necesaria correspondencia, responde con nuevos dones y beneficios.

La santidad comprende, pues, dos realidades: la gracia, como factor principal y sin la cual no podemos actuar sobrenaturalmente; y el combate contra los enemigos que se oponen a nuestra salvación.

Lucha contra el pecado y sus aliados

El pecado mortal es el enemigo número uno de nuestra salvación, porque a través de él morimos a la vida de la gracia, nos convertimos en enemigos de Dios y caemos en el campo del adversario. El demonio, el mun-

do y la carne no son más que sus aliados que obstaculizan nuestro camino.¹⁰

La principal acción del diablo es inducirnos a pecar, influyendo en nuestra imaginación, entendimiento y voluntad. A esto llamamos tentaciones, cuyas formas y modos son tan diversos como incontable el número de los hombres, ya que «a cada uno lo tienta su propio deseo cuando lo arrastra y lo seduce» (Sant 1, 14).

El mundo considerado como enemigo no se refiere al planeta Tierra,

sino al ambiente plagado de ateísmo, caracterizado por hacer de la vida terrena el fin último del hombre. Multitudes de almas son arrastradas al abismo de la perdición, engañadas por las máximas mundanas y las modas inmorales, embaucadas por los placeres, las diversiones y la avaricia, inducidas a despreciar y perseguir la verdadera y santa religión. «El mundo entero yace en poder del Maligno» (1 Jn 5, 19), y quien no rompa con él difícilmente alcanzará la bienaventuranza eterna...

No obstante, la batalla más difícil de ganar es la que se libra en nuestro interior. Renunciar al propio orgullo y a la concupiscencia carnal es tan difícil como realizar una delicada cirugía en uno mismo y por uno mismo. En este punto de la lucha, ¡muchas almas flaquean! Despues de dar vigorosos pasos en el camino de la perfección, de la renuncia y de la virtud, son incapaces de asestar el golpe mortal a las tendencias desordenadas, que conducen a la huida del dolor y al deseo desenfrenado de goce.

La historia está llena de ejemplos de esta realidad. El inocente David que de joven había matado osos y leones, y con sólo una honda había abatido al gigante Goliat; que tantas veces había ahuyentado de Saúl los espíritus malignos tocando hábilmente el arpa; que, elegido por Dios mismo y coronado por Él con una gloria eterna en el seno de su linaje (cf. Eclo 45, 31), antaño había sido fuerte porque era casto, sucumbió al terrible enemigo de la lujuria, añadiendo el asesinato al pecado de adulterio (cf. 2 Sam 11).

¡Debemos estar atentos! En tensión constante se desarrolla una confrontación de tendencias entre el espíritu y la carne,



La santidad comprende dos realidades: la gracia, factor principal, y el combate contra los enemigos que se oponen a nuestra salvación

Detalle de «La Trinidad adorada por todos los santos» - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Reproducción

como consecuencia del pecado.¹¹ Esta terrible realidad nos hace exclamar con San Pablo: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Rom 7, 24).

Somos unos privilegiados, porque hemos nacido en el siglo más propicio para forjar héroes, ya que las dificultades a superar nunca fueron tantas y tan grandes. A nuevos peligros y enemigos les corresponden nuevas armas, nuevos auxilios. ¡Dios no es un verdugo! El Señor le explicó a Santa Catalina de Siena el motivo por el que permite que el hombre esté rodeado de tantos peligros: «No para que pierda la riqueza de la gracia; lo hago para demostrarle mi providencia, a fin de que confíe en mí y no en sí, se levante de la pereza y se refugie en mí, su defensor. Soy padre benigno que procura su salvación».¹²

Preciadas tácticas de guerra

Hasta aquí tenemos una sucinta hoja de ruta de guerra, un mapa de enemigos. Pero ¿dónde encontrar las armas?, ¿dónde buscar ayuda?

Un soldado debilitado no puede sostenerse mucho tiempo. Falto de fuerzas, pecable por naturaleza, mejor arma no hallaremos que la oración continua y la conservación del estado de gracia, a lo que concurre la frecuentación de los sacramentos.

Las tácticas varían según el ataque recibido y el golpe a asestar, pero, por regla general, la lucha espiritual comprende la huida continua de las ocasiones de pecado, una reacción en sentido contrario a las solicitudes

pecaminosas y un profundo espíritu de fe en las realidades celestiales, porque en este mundo sólo estamos de paso.

Así que armémonos de la cabeza a los pies, porque la vida es una y en ella definimos nuestra eternidad, ¡sin posibilidad de retorno!

* * *

Estimado lector, ¡este artículo es una declaración de guerra, sin tregua ni cuartel! ¿Quieres ser santo? ¡Sé un héroe! Alístate en las huestes del divino Capitán, cuyo ingreso también es un pasaporte para entrar en la gloria celestial: el estado de la gracia. Ahora bien, ¿de dónde sacar las fuerzas?

Llegados a este punto, te espera una amable invitación: dirige tu mirada hacia María Santísima. «Terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla» (Cant 6, 10), un deseo suyo basta para poner en fuga al infierno, vencer al mundo, calmar las voliciones desordenadas del orgullo y de los malos instintos. Ella es tu Madre, tu Reina y tu Señora. Quien la ha encontrado ha descubierto el secreto de la victoria, una poderosa aliada en el combate. En la tierra te acompaña, en el Cielo te espera.

Si caes, ¡levántate! No te aflijas por las heridas que la contienda te ocasione, piensa que las cicatrices de la lucha son aureola de gloria. La consigna es «¡Avanzar y confiar!», y el grito de guerra, «¡Por Maríal!». La gracia ha movido tu corazón hasta aquí para que obtengas el fruto esperado de este

artículo: entregarte a la Virgen y confiar en el auxilio de esta celestial Soberana: «¡De mil soldados no teme espada quien lucha a la sombra de la Inmaculada!». ♦



Andreas Praefcke (CC by 3.0)

Armémonos, pues, de la cabeza a los pies, porque la vida es una y en ella definimos nuestra eternidad, ¡sin posibilidad de retorno!

Caballero medieval - Neue Burg, Viena

¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 21/9/1985.

² Cf. SAN IGNACIO DE LO-YOLA. *Ejercicios espirituales*, n.º 136.

³ DANTE ALIGHIERI. *La divina comedia*. Infierno, III. Madrid: M.E. Editores, 1994.

⁴ CCE 828.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 20/4/1985.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Carola: caricatura do verdadeiro católico». In: Dr. Plinio. São Paulo. Año XXV. N.º 286 (ene, 2022); p. 11.

⁷ Cf. SAN JERONIMO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Matthæum*, c. XI, vv. 12-15.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 23, a. 1.

⁹ Cf. SAN AGUSTÍN. «Sermón 169», n.º 13. In: *Obras com-*

pletas. Madrid: BAC, 1983, t. XXIII, pp. 660-661.

¹⁰ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la salvación*. Madrid: BAC, 1997, p. 67.

¹¹ Cf. CCE 2516.

¹² SANTA CATALINA DE SIE-NA. «El diálogo». In: *Obras*. 3.ª ed. Madrid: BAC, 1996, p. 362.

El girasol de Dios

La luz de los dones de Dios cayó sobre el alma de este santo italiano, haciéndola volverse hacia Él con todas sus potencias y transformándola en una especie de escaparate de los carismas divinos.



✉ Ángela María Tomé

Es sabido que los girasoles siguen al sol como las agujas de un reloj: durante el día su corola gira hacia la luz y por la noche recorre «cabizbajo» el camino contrario, para esperar su salida a la mañana siguiente. Pero estos ciclos sólo ocurren durante la «infancia» y la «juventud» de estas plantas. Cuando alcanzan la edad madura, dejan de girar y miran hacia oriente indefinidamente, hasta que mueren.

En este punto, como en tantos otros, la naturaleza nos da sabias y variadas lecciones. Podríamos hacer una analogía entre el heliotropismo y la atracción que el hombre siente por su Creador. Este movimiento del alma hacia Dios es el objetivo y el fin de toda vida cristiana. En nuestra infancia y adolescencia nos empañamos de las maravillas de Dios, sin poner obstáculos, y nuestra alma va elevándose hacia Él. Cuando empezamos a pensar por nosotros mismos, comenzamos a generar criterios propios que muchas veces nos dificultan la visión de lo sobrenatural. Entonces nos estancamos en

la vida espiritual, como el girasol se estanca en la edad adulta.

También podemos considerar que el sol va «formando» a la flor cuando está en los albores de la vida con gracias abundantes, para luego como que «abandonarla» a su propio esfuerzo, a fin de probar su fidelidad, sin, no obstante, perderla de vista. ¡Y cuántas otras similitudes encontramos en esa realidad de la naturaleza!

Contemplando la vida de San Pío de Pietrelcina, se nos sugiere otra comparación: la riqueza infinita de los dones de Dios que, como rayos, caen sobre una misma alma de modo a hacerla volverse enteramente hacia Él, con todas sus potencias, transformándola en una especie de escaparate del carisma divino para sus semejantes.

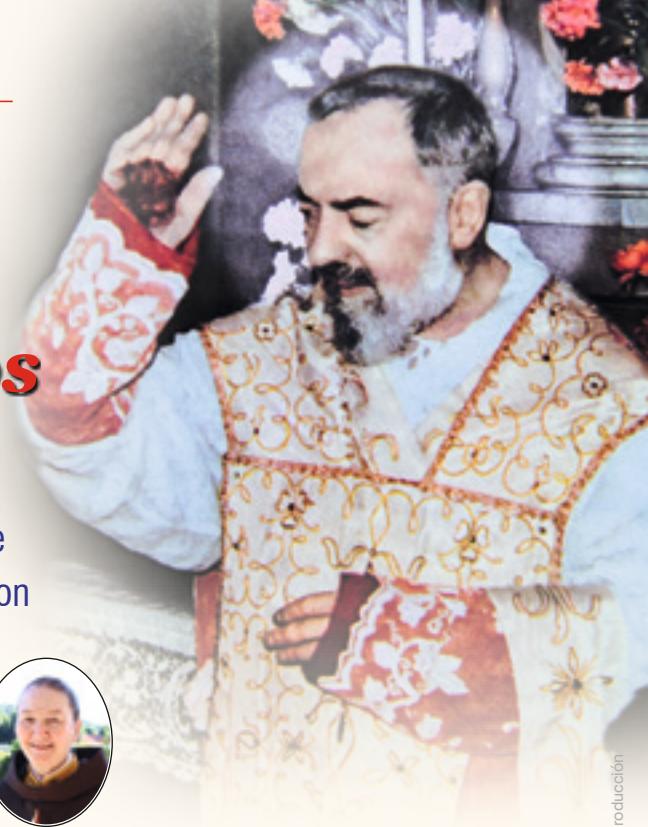
Aureolado por carismas desde su primera infancia

Los dones místicos de los que fue receptor el santo italiano fueron abundantes. Este hijo espiritual de San Francisco, cuyo nombre civil era Francisco Forgione, nació en Pietrelcina, municipio de la provincia de

Benevento (Italia), el 25 de mayo de 1887. Desde pequeño dio muestras de gran piedad, como cuenta su madre, Josefina: ««No cometía ninguna falta, no era caprichoso, era bueno y obedecía siempre. Cada mañana y cada noche iba a visitar Jesús y a la Virgen». [...] No quería ir a jugar con sus coetáneos porque decía: “Ellos son falsos, dicen malas palabras y blasfeman”».¹

Josefina también relata las dificultades que Francisco encontró para aprender a leer y escribir con su primer profesor, un exsacerdote que más tarde se arrepentiría de haber abandonado su vocación y moriría bajo el cuidado de su antiguo alumno. Decía que el niño no aprendería nunca cosa alguna. «Mi cabeza no valdrá nada, pero la suya, que vive en pecado, ya no vale más...»,² reaccionaba el pequeño inocente. Entregado a otro maestro, aprendió tan rápido que en poco tiempo progresó mucho más de lo esperado.

Desde muy joven fue objeto de grandes gracias místicas y las recibía con naturalidad, porque pensaba que



todos las tenían. Mantuvo intacta su inocencia y, meses antes de cumplir los 16 años, ingresó en la Orden de los Capuchinos. Fue ordenado sacerdote en 1910 y desde 1918 vivió definitivamente en el convento de San Giovanni Rotondo, sobre el Gargano, donde murió el 23 de septiembre de 1968.

En el ejercicio de su ministerio sacerdotal, no dudaba en emplear más de catorce horas diarias en el confesionario, donde atendía a penitentes de distintos países sin haber aprendido jamás ninguna lengua extranjera. Se preparaba para este esencial apostolado despertándose mucho antes del alba y dedicándose a la oración, en la soledad y el silencio de la noche, siempre ante el Santísimo Sacramento.

Un «regalo de Dios»

En la mañana del 20 de septiembre de 1918, el Padre Pío recibió el maravilloso regalo de los estigmas, heridas de origen sobrenatural que reproducen las divinas llagas del Salvador. Permanecieron visibles y abiertas, frescas y ensangrentadas, durante exactamente medio siglo. Este fenómeno extraordinario llamó la atención de sus superiores, de médicos, eruditos y periodistas, en definitiva, de toda la gente corriente que, durante muchas décadas, fue a San Giovanni Rotondo para conocer al santo fraile.

En una carta al P. Benedetto, su director espiritual, fechada el 22 de octubre de 1918, el Padre Pío narra su «crucifixión»:

«Era la mañana del 20 del pasado mes de septiembre, en el coro, después de la celebración de la santa misa, cuando me sorprendió un reposo, semejante a un dulce sueño. Todos los sentidos internos y externos, por no hablar de las propias facultades del alma, se hallaban en una quietud indescriptible. [...]»

»Y mientras todo esto estaba sucediendo, vi ante mí un misterioso personaje, parecido al que había visto la tarde del 5 de agosto, que solamente se diferenciaba en que las manos y los pies, y su costado, chorreaban sangre. Al verlo me aterroricé; no podría decirle lo que sentí en ese instante. Sentí que me moría, y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostener mi corazón, el cual parecía que se me salía del pecho.

»La visión del personaje se desvanece, y me doy cuenta de que mis manos, pies y costado estaban perforados y goteaban sangre. Imagínese la angustia que experimenté entonces y que sigo experimentando continuamente casi todos los días».³

Los renombrados médicos que estudiaron los estigmas del Padre Pío no pudieron explicar sus llagas ni cicatrizarlas. Calcularon que el santo

perdía un vaso de sangre cada día, y testificaron que las llagas nunca se infectaron. Curiosamente, estas heridas se cerraron por completo poco antes de su muerte. El Padre Pío decía que eran un regalo de Dios y una oportunidad para luchar, para parecerse cada vez más a Jesucristo crucificado. Muchos contaron que de las llagas emanaba una fragancia muy suave, que impregnaba toda su celda y se extendía por donde él iba.

Místico discernimiento

Otro don de este santo fue un extraordinario discernimiento de los espíritus, es decir, «el conocimiento sobrenatural de los secretos del corazón, comunicado por Dios a sus siervos».⁴ Esta capacidad de leer la conciencia de los penitentes quedaba clara para quienes se acercaban a él. El Padre Pío veía cuando los fieles acudían a él por mera curiosidad o sin arrepentimiento de sus pecados. Otros también buscaban favores espirituales o temporales y él no temía desenmascararlos, muchas veces en público.

El fraile portero de la iglesia de San Giovanni Rotondo contó el siguiente hecho: «Un día vino un comerciante de Pisa a pedirle la curación de su hija. El Padre Pío lo miró y le dijo: «Tú estás mucho más enfermo que tu hija. ¡Te veo muerto!». Muy pálido, el pobre hombre balbuceó: «No, no. Me encuentro en perfecta salud». «¿Sí?», exclamó el Padre Pío. «¡Eres un desgraciado! ¿Cómo puedes estar bien con tantos pecados en tu conciencia? Descubro, al menos, ¡treinta y dos!». Imagínese el asombro del comerciante. Despues de la confesión, le decía a quien quería escucharlo: «Lo sabía todo! Antes de que yo hablara, lo sabía todo sobre mi vida».⁵

En otra ocasión, un sacerdote, que había venido de muy lejos para conocerlo, se acercó a él para



El Padre Pío fue favorecido con numerosos fenómenos místicos, entre los que destacan los estigmas de la Pasión

El Padre Pío en agosto de 1919. En la página anterior, celebrando misa en la década de 1940

Reproducción

confesarse. Terminada la acusación de sus faltas, el santo le preguntó: «Hijo mío, ¿no recuerdas nada más?». «Nada más, padre», respondió el penitente, con sinceridad. «Venga —insistió el capuchino—, trata de recordar». El pecador, sin embargo, por mucho que examinara su conciencia, no tenía éxito. Entonces el Padre Pío le dijo con extrema dulzura: «Hijo mío, ayer por la mañana tu tren llegó a Bolonia a las cinco de la mañana. Las iglesias todavía estaban cerradas. En lugar de esperar, te fuiste al hotel a descansar antes de la misa. Te tumbaste en la cama y tan profundamente te dormiste que sólo te despertaste a las tres de la tarde, cuando ya era demasiado tarde para celebrar la misa. Sé que no lo hiciste por malicia, pero fue una negligencia que hirió y lastimó al Señor».⁶

Revelaciones y profecías

En carta dirigida al P. Agustín, de San Marco in Lamis, fechada el 7 de abril de 1913, narra el santo:

«Mi queridísimo padre, el viernes por la mañana [28 de marzo de 1913] todavía estaba en la cama cuando Jesús se me apareció. Estaba todo maltrecho y desfigurado. Me mostró una gran multitud de sacerdotes regulares y seculares, entre los cuales se encontraban varios dignatarios eclesiásticos; de éstos, unos celebraban misa, otros se vestían o se despojaban de las vestiduras sagradas. [...]»

«Su mirada se dirigió a aquellos sacerdotes; pero poco después, casi horrorizado y como si estuviera cansado de mirar, la retiró; y cuando levantó sus ojos hacia mí, con gran horror mío, observé dos lagrimones surcando sus mejillas. Se alejó de aquella multitud de sacerdotes con una gran expresión de disgusto en el rostro, gritando: “¡Asesinos!”.

»Y volviéndose hacia mí dijo: «Hijo mío, no creas que mi agonía duró tres horas, no; a causa de las almas más beneficiadas por mí, estaré en agonía hasta el fin del mundo. Durante el tiempo de mi agonía, hijo mío, no se debería dormir. Mi alma va en busca de unas gotas de piedad humana, pero, ay de mí, me dejan solo bajo el peso de la indiferencia. La ingratitud y el sueño de mis ministros hacen más gravosa mi agonía. ¡Ay,

pero lo que dije no se lo podré revelar a ninguna criatura en este mundo!».⁷

Esto dice el P. Antonio Royo Marín, OP, sobre otro don también concedido al Padre Pío: «Cuando las revelaciones [privadas] se refieren a acontecimientos futuros, se les da ordinariamente el nombre de profecías, aunque de suyo la profecía abstrae del tiempo y del espacio. [...] Siempre han existido almas ilustradas con el espíritu de profecía. Es un hecho reconocido por la Sagrada Escritura y por la autoridad de la Iglesia en los procesos de canonización».⁸

Fueron muchas las profecías hechas por el Padre Pío, tanto las que se refieren a situaciones personales, como la predicción de una muerte inminente y de acontecimientos catastróficos en la vida familiar, como a sucesos mundiales.

Muchos de estos anuncios proféticos se hicieron con ocasión de la Segunda Guerra Mundial, como éste que nos cuenta uno de sus biógrafos: «Cuando un hombre de Génova preguntó si su ciudad se salvaría, el sacerdote se echó a llorar y suspiró: “Génova será bombardeada. ¡Oh, cómo bombardearán esta pobre ciudad! ¡Cuántas casas, edificios e iglesias se derrumbarán! No obstante, esté tranquilo. Su casa no será tocada”. Cuando, en junio de 1944, los aliados bombardearon Génova hasta convertir la ciudad en un montón de escombros, la única casa que permaneció en pie e intacta en medio de una inmensa zona de ruinas carbonizadas fue la del hombre que había recibido la profecía del Padre Pío».⁹

Víctima de violentos ataques infernales

Curaciones milagrosas, bilocación, hierognosis, don de luminosi-



Dotado de dones como el discernimiento de espíritus y la profecía, el Padre Pío mantenía una intensa relación con lo sobrenatural

El Padre Pío confesando en San Giovanni Rotondo, en torno a 1960

qué mal corresponden a mi amor! Lo que más me aflige es que a su indiferencia añaden el desprecio y la incredulidad. Cuántas veces he estado a punto de aniquilarlos, si no hubiera sido retenido por los ángeles y las almas enamoradas de mí... Escríbele a tu padre espiritual y cuéntale lo que has visto y oído de mí esta mañana. Dile que le enseñe tu carta al padre provincial...». Jesús siguió hablando,

dad, levitación... ¡Cuántos otros dones presentes en ese santo italiano se podrían comentar! Aunque, ¿cómo pretender que quepan en un solo artículo los infinitos dones de Dios? Por supuesto que en el alma del Padre Pío eran limitados, pero resultaron ser tan abundantes que se diría que eran un reflejo de la infinitud divina. Hay, sin embargo, otro signo imprescindible a considerar en su vida: los ataques diabólicos.

Desde su infancia, el santo sacerdote mantuvo un frecuente trato con el mundo sobrenatural, «y en su intimidad había todo un vaivén de personajes celestiales: ángeles, santos, la Virgen, Jesús». ¹⁰ Recogido en la *torricella*, una pequeña habitación de su casa donde se aislaba de sus familiares, recibía de sus «maestros invisibles» orientaciones, informaciones, consejos de por vida, que le proporcionaron una madurez precoz y un conocimiento profundo de las ciencias.

Sin embargo, allí mismo el Padre Pío fue víctima de tormentos, tanto físicos como espirituales, causados por el demonio. Eran ataques feroresos, en los que unas veces se le aparecía al niño en forma de animales horripilantes, otras, como un muchacho malvado que atacaba al santo. Satanás hizo todo lo po-



hinchado y la cara magullada».¹¹

Con el paso de los años, al ver que estos ataques no surtían el efecto deseado, Satanás pasó a la agresión moral y psicológica, «creando situaciones absurdas y que escapan completamente a cualquier lógica. Aún con todos los signos de santidad manifestados en él de manera clamorosa, a través de los estigmas, los milagros y las conversiones masivas, logró que la Iglesia lo condenara como falsificador, lo suspendiera del ejercicio de su ministerio sacerdotal,

lo mantuviera bajo arresto domiciliario durante dos años».¹²

Panoplia divina

Habría muchísimo más que comentar sobre este singular santo, cuya vida se nos presenta como una panoplia, en ambos sentidos de la palabra.

sible para impedir que el pequeño Forgione se convirtiera en sacerdote y cumpliera su misión.

Durante años, ya en San Giovanni Rotondo, fue azotado por el diablo todas las noches. Así describe un compañero de celda uno de estos ataques: «Una noche me desperté sobresaltado por un ruido ensordecedor... No vi lo que había pasado, porque, aterrorizado, me envolví en mi manta lo mejor que pude... Oía al sacerdote sollozar y suplicar: «*Madonna mia!*... ¡Señora, ayúdame!». También escuchaba risas y el ruido de hierros que caían y el arrastre de cadenas. Recuerdo que de mañana, a la luz de una lámpara, pude ver los hierros que sostén las cortinas completamente retorcidos y esparcidos por el suelo. Él tenía un ojo

¹ PREZIUSO, Gennaro. *Padre Pío. El apóstol del confesonario*. 2.ª ed. Buenos Aires: Ciudad Nueva, 2011, p. 19.

² WINOWSKA, María. *Padre Pío, o estigmatizado*. Porto: Educação Nacional, 1956, p. 8.

³ CESCA, Olivo. *Padre Pío, o Santo do terceiro milénio*. 7.ª ed. Porto Alegre: Myrian, 2020, p. 119.

⁴ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. Madrid: BAC, 2006, p. 918.

⁵ WINOWSKA, op. cit., p. 49.

⁶ Cf. *Idem*, pp. 205-206.

⁷ SAN PÍO DE PIETRELCINA. *Cartas do Padre Pío*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2022, pp. 55-56.

⁸ ROYO MARÍN, op. cit., p. 916.

⁹ RUFFIN, C. Bernard. *Padre Pío. A história definitiva*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2020, pp. 375-376.

¹⁰ CESCA, op. cit., p. 23.

¹¹ *Idem*, p. 104.

¹² *Idem*, p. 355.

Las canonizaciones y la infalibilidad pontificia

¿Es la Iglesia infalible o no a la hora de elevar a un fiel a la honra de los altares? Esta duda plantea otras interrogantes en las que es necesario profundizar.

» Lucas Jean Pacheco



La santidad es el ideal común a todo cristiano en esta tierra, porque a través de ella se nos abren las puertas del Cielo. Así pues, en su solicitud pastoral, le corresponde a la Iglesia no sólo proporcionarnos los medios para alcanzar la bienaventuranza, sino también presentarnos modelos de vida probada, lo cual ha constituido un papel primordial en la misión que le encomendó el divino Redentor.

Este último punto le compete particularmente al sumo pontífice, que tiene la responsabilidad de ser el juez supremo para proclamar la santidad de vida y la eficacia de la intercesión de quienes se destacaron por la práctica heroica de las virtudes y por su testimonio de fe, a veces consumado en el acto del martirio. Sin embargo, esta praxis no siempre ha sido exactamente así.

El culto a los mártires

Hoy en día nos parece normal que sea el Papa quien proclame la santidad de tal o cual Siervo de Dios y lo presente como modelo e intercesor. No obstante, en los primeros siglos de la Iglesia, cuando el dogma de la infalibilidad pontificia aún estaba muy lejos de ser definido, los «procesos» de canonización se desarro-

llaban de manera más rápida y sencilla.

Reunidos en el interior de una catacumba, los primeros cristianos rezaban en torno al cuerpo del último mártir que había dado su vida en defensa de la fe. Justo el día anterior, aquel santo varón o aquella casta joven se encontraba entre ellos, orando y asistiendo a misa en secreto, sin que el poder romano lo supiera. En ese momento todos creían que estaba en el Cielo, pero su presencia era sentido por sus hermanos, incluso se diría que nunca había estado tan cerca.

Así, de un modo enteramente orgánico, la devoción a un santo más se instituía en aquellos lejanos primeros siglos de persecución a la Iglesia naciente.

Exaltando otras formas de santidad

Pasaron los años y, con ellos, también las persecuciones. De este modo, el martirio ya no era la única forma de santidad reconocida por los fieles. En primer lugar, comenzaron a ser venerados los confesores de la fe: aquellos que, habiendo sufrido las torturas propias de los mártires, eran considerados muertos por sus verdugos o liberados antes del tránsito final. Se trataba de hombres y mujeres

que llevaban en sus cuerpos, para el resto de sus vidas, el precio de su perseverancia: la falta de un miembro o las cicatrices de los tormentos sufridos.

Los obispos que más se destacaron por su unión con Dios pronto se vieron añadidos a la lista de los bienaventurados, como muestra de gratitud de sus hijos espirituales por su ejemplo y conducta. De hecho, a esos primeros pastores le debemos en gran medida la expansión de la Iglesia y el establecimiento de las bases de la doctrina católica.

«Vox populi, vox Dei»

Hasta entonces, las canonizaciones se realizaban por aclamación del pueblo, en función de la fama de santidad de un bautizado, a la que se asociaba el obispo, generalmente trasladando a una iglesia los restos mortales de quien había dejado en la memoria de todos actos ejemplares de virtud, dignos de imitación, e instituyendo alguna oración litúrgica especial por él.

La costumbre de las canonizaciones populares se extendió hasta el siglo XVII. No fue sino poco a poco que la proclamación de un nuevo beato le estuvo reservada al romano pontífice. Para hacerse una idea, basta mencio-

nar que una de las primeras canonizaciones hechas por un Papa fue la de Ulderico, obispo de Augusta, declarado santo por Juan XV ¡sólo en el siglo X!

Urbano VIII sería quien, en 1634, pondría fin irrevocablemente a las canonizaciones populares, reservando al sucesor de Pedro esta sublime tarea.

Canonizaciones dudosas

Así es como sucedió la larga trayectoria del culto a los santos hasta llegar a la forma en la que hoy lo conocemos. Sin embargo, a pesar de la progresiva institucionalización de las canonizaciones, a veces hubo devociones cuestionables a personas fallecidas, cuyas vidas no siempre se analizaron adecuadamente.

En uno de sus documentos, el papa Alejandro III se lamentaba de que en cierta región se le rindiera culto a un fallecido que había sido «martirizado» mientras se hallaba en estado de ebriedad. Incluso otros eran reverenciados sin haber existido nunca. Es el caso, por ejemplo, de «San Viar», venerado en España después de que se encontrara en la pared exterior de una antigua iglesia la deteriorada inscripción de «S VIAR». Pasaron muchos años hasta que la placa fue reconstituida, descubriendo así su significado original: «praefectuS VIARum», que probablemente se refería al responsable de las vías públicas...

Por otra parte, ¿qué ocurre con los difuntos venerados sólo en algunas regiones o por determinados institutos? ¿Por qué la Iglesia prohíbe su culto público a escala universal? Por ejemplo, se sabe que entre los años 1209 y 1500 hubo 965 franciscanos

venerados a nivel local o restringido, es decir, sólo por su orden o monasterio. La devoción a muchos de ellos, no obstante, nunca ha sido confirmada por la autoridad eclesiástica.

Ahora bien, después de estas consideraciones, quizás estén rondando en nuestra mente muchas preguntas... ¿Cómo explicar todos estos casos? ¿Qué seguridad puedo tener de que mi santo patrón está realmente en el Cielo? ¿Qué valor tiene una



Inicialmente realizadas por aclamación popular, las proclamaciones de los nuevos beatos fueron poco a poco reservadas al romano pontífice

«Pío II canoniza a Santa Catalina de Siena», de Bernardino di Betto - Museo dell'Opera del Duomo, Siena (Italia)

canonización? ¿La Iglesia es o no infalible cuando proclama a un santo?

El valor dogmático de las canonizaciones

La verdad es que la cuestión sigue abierta, ya que los Papas nunca se han pronunciado definitivamente sobre el tema. Por lo tanto, sólo en los debates teológicos podemos encontrar elementos para responder a estas preguntas.

En primer lugar, cabe indagar: ¿en qué ocasiones un Papa es infalible? La

constitución dogmática *Pastor Aeternus* aclara que únicamente «cuando cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y costumbres debe ser sostenida por la Iglesia».¹ Y el *Catecismo* recuerda un detalle que queremos subrayar: «Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación divina».²

Son los llamados pronunciamientos *ex cathedra*, muy diferentes de una homilía o de una catequesis, que no se revisten del carácter infalible,

ni siquiera cuando los pronuncia el Papa. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en la proclamación de un dogma, como el de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, que debe ser creído por todos como verdad de fe revelada, definida e infalible, una vez declarada como tal por el Santo Padre.

Ahora bien, esto nos lleva a otra cuestión: ¿las canonizaciones se encuadrán en el ámbito de los pronunciamientos *ex cathedra*? ¿Forman parte de las verdades reveladas o de las necesarias para guardar y exponer fielmente el depósito de la fe?

Antes de responder, conviene considerar que las canonizaciones abarcan dos aspectos. El primero es un principio general: la certeza de que todo aquel que, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, practica las virtudes en grado heroico, recibe la corona de la bienaventuranza, lo que significa obtener la salvación eterna. El segundo, la aplicación de esta regla a casos concretos, es decir, la proclamación de que tal o cual hombre concreto está en el Cielo.



El Espíritu Santo vela para que la Santa Iglesia cumpla su misión de presentar modelos de virtud a sus hijos

Pío XII durante la ceremonia de canonización de San Vicente Strambi, en 1950

¿Y si un santo no estuviera en el Cielo?

Es fácil demostrar que el primer aspecto —el general— está contenido en la Revelación, puesto que así nos fue prometido por Jesucristo. No obstante, ¿se puede decir lo mismo de su aplicación a los individuos? Si una persona canonizada no estuviera realmente en el Cielo, ¿habría algún daño grave al depósito de la fe?

Para algunos teólogos,³ a pesar del aspecto desagradable que este hecho necesariamente traería consigo, no resultaría, sin embargo, un grave perjuicio para el dogma católico. En cambio,

la adhesión a una doctrina contraria a la fe, sí, y sería motivo de condenación para los miembros de la Iglesia, pero el culto a un santo dudoso no conllevaría serio riesgo, pues la veneración equivocada que le tributariamos se dirigiría sólo a él en la medida en que lo creyéramos en la condición de amigo de Dios.

Es más, nuestras oraciones no se verían perjudicadas al recurrir a su intercesión, ya que tienen al Señor como fin último y principal. A falta de un mediador, Dios las aceptaría directamente.⁴ Por supuesto, esto no es motivo para rechazar las valiosas intercesiones de los santos, que ruegan por nosotros sin cesar.

La posición de Santo Tomás de Aquino

Muchos siglos antes de la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia e incluso de la regulación de los procesos de canonización, Santo Tomás de Aquino ya había sido interrogado sobre la relación entre ambos. No obstante, se muestra tan prudente al respecto que sus argumentos son utilizados tanto por quienes defienden la infalibilidad de las canonizaciones como por quienes la cuestionan. Por eso, nada mejor que recurrir a sus palabras, en la única mención que hace el Doctor Angélico acerca del tema.

Con la sabiduría que lo caracteriza, Santo Tomás afirma que existen dos situaciones distintas respecto del juicio de quienes presiden la Iglesia:

por un lado, las declaraciones sobre las verdades de la fe, como los dogmas; por otro, los pronunciamientos del Papa sobre hechos particulares, es decir, sobre asuntos humanos. El Doctor Angélico subraya que las primeras son fruto de la intervención divina y, por tanto, no debemos dudar de su veracidad. Sin embargo, en el segundo caso puede haber error.

Ahora bien, «la canonización de los santos se encuentra entre estas dos situaciones». Cuando el pontífice eleva a un difunto a la honra de los altares, se certifica de su estado mediante una investigación de su vida y sus milagros, pero, ante todo, por medio de un «instinto del Espíritu Santo». De donde el Aquinate concluye: «Se debe creer piamente que el juicio de la Iglesia tampoco puede errar en esto».⁵

Cabe señalar que el propio Santo Tomás se abstiene de emitir un juicio absoluto sobre una cuestión tan delicada. Aunque no dice que las canonizaciones sean infalibles, afirma que debemos creerlas como ciertas, ya que el divino Espíritu Santo vela para que la Iglesia no se equivoque.

Por lo tanto, no hay razón para alarmarse por nuestras devociones simplemente porque ningún Papa haya declarado que las canonizaciones sean una aplicación del carisma de la infalibilidad. Al contrario, es Dios mismo quien se ocupa de que la Santa Iglesia cumpla sin errores su misión de presentarles modelos de virtud a sus hijos. Y Él mismo acoge con agrado nuestras súplicas, porque es, ante todo, nuestro Padre. ♦

¹ DH 3074.

² CCE 891. El Concilio Vaticano II refuerza la idea de que existe un estrecho vínculo entre la infalibilidad pontificia y la Revelación: «Esta infalibilidad que el divino Redentor quiso que tuviese su Iglesia cuando define la doctrina de fe y costumbres, se extiende tanto

cuanto abarca el depósito de la Revelación». (*Lumen gentium*, n.º 25). Recordamos también que el papa Juan Pablo II encuadra en el rango de infalibilidad todo lo que es requerido para conservar la santidad y exponer fielmente el depósito de la fe, aunque no pueda considerarse parte de la Revela-

ción *stricto sensu* (cf. *Ad tuendam fidem*, n.º 3-4).

³ Cf. OLS, OP, Daniel. «Fondamenti teologici della santiità». In: CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. *Studium. Corso formativo per istruire le cause dei Santi. Parte Teologica*. Roma: [s.n.], 2011, p. 39.

⁴ Cf. INOCENCIO IV. *Super libros quinque Decretarium*. L. III, tit. 45, c. 1; DELEYAHE, SJ, «Hippolytus. Bulletin des publications hagiographiques». In: *Analecta Bollandiana*. Bruxelles. N.º 44 (1926), p. 233.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Quodlibet* 9, q. 8, a. 1.

Asistiendo a una ceremonia de canonización

En un viaje a Roma en 1950, el Dr. Plinio recibió de Mons. Giovanni Batista Montini, futuro Pablo VI, algunas invitaciones para asistir, desde la tribuna del cuerpo diplomático, a la canonización de San Vicente Strambi. Nos cuenta la hermosa ceremonia que presenció entonces.

Una multitud llenaba la basílica de San Pedro, en actitud de respeto y veneración, con el silencio que se puede conseguir de miles de personas. Es decir, todos hablaban en voz baja, en un murmullo ciertamente ruidoso, pero comedido, distinto del parloteo común.

En cierto momento, las campanas comienzan a repicar majestuosamente. Y un escalofrío recorre todo el público, porque era la señal de que el Papa, dentro de sus aposentos, se había sentado en la silla gestatoria —el trono portátil en el que el sumo pontífice era llevado por dignatarios de la corte— y había empezado el cortejo hacia la basílica.

Poco después comienzan a oírse a lo lejos las trompetas de plata de Miguel Ángel, que preceden al cortejo papal y anuncian que el Santo Padre está llegando. A continuación, se abren las puertas de bronce de la basílica de San Pedro y se inicia el cortejo pontificio. Era lindísimo, ¡y también larguísimo! La expectación del pueblo va en aumento a medida que se acerca el sonido de las trompetas, y el estremecimiento alcanza el ápice cuando el Papa, finalmente, entra en la iglesia por la puerta central. Un delirio, una aclamación, una emoción fantástica.

Una larga e inmensa procesión atraviesa de punta a punta la nave de la basílica, llevando al Papa hasta el trono preparado para él al final del templo. Hombre alto, delgado, con manos muy largas y blancas, que parecen de marfil, Pío XII porta la tiara pontificia. Es conducido a su lugar, baja de la silla gestatoria y se sienta en el trono. Detrás de él se agitan discretamente los *flabeli*, grandes y ricos abanicos que realzan el esplendor de la presencia papal.

La misa se desarrolló con normalidad, con mucha pompa. En el momento de la consagración, el Papa se levantó y se dirigió al altar. Cuando pasó cerca de nosotros, mientras caminaba, todos los invitados de honor hacían un profundo saludo. Los católicos se pusieron de rodillas y los no católicos permanecieron de pie, pero todos en actitud de respeto.

Cuando comenzó la consagración del pan se oyeron sonar las trompetas de plata, que se hallaban en una especie de tribuna circular junto a la cúpula de San Pedro. La impresión que se tenía era la de ángeles tocando en el Cielo. Una intensa emoción se apoderó del público.

Después, enorme silencio en la iglesia, porque el Santísimo estaba presente. El Papa regresa a su trono, la misa continúa, y luego el sumo pontífice comulgá. Finalmente, da la bendición al pueblo. Nuevamente una explosión de alegría, suenan las fanfarrias, se levanta y sale.

Todo terminado, un nuevo santo, San Vicente Strambi, relucía para siempre en el firmamento católico. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones,
de: Dr. Plinio. São Paulo. Año IV.
N.º 42 (set, 2001), pp. 26-30.



Reproducción

Una larga procesión atraviesa la nave de la basílica, llevando al Papa hasta el trono al final del templo... Cuando todo termina, un nuevo santo reuce para siempre en el firmamento católico!

Aspecto de la tribuna del cuerpo diplomático durante la canonización de San Vicente Strambi, en la que se encontraba el Dr. Plinio (en el destacado)

Consejos de sabiduría para alcanzar la santidad

Al escribir, hacia 1940, un memorando sobre la vida espiritual, el Dr. Plinio tejió proficuos comentarios que, lejos de ser meras normas abstractas, son el resultado de las experiencias vividas en el fragor de la batallas interiores, rumbo a la santidad.

✉ **Plinio Corrêa de Oliveira**



Fn vista de la tremenda decadencia moral de nuestra época, nadie podrá mantener una perfecta pureza de cuerpo y de alma sin una vigilancia constante de su interior. Las sugerencias malignas pululan por todas partes y provocan movimientos desordenados de la sensibilidad, que pueden pasar desapercibidos al principio, incluso disfrazarse de buenos sentimientos y de virtudes, hasta que la voluminosa ola se precipite impetuosamente y ya no haya casi manera de resistirla. Así pues, a veces el incauto alimenta, con culpable ingenuidad, la propia llama en la que arderá.

Mayor peligro corre, además, la integridad de la fe. En este mundo frenético de nuestros días, nuestra sabiduría católica puede ser sustituida por la locura si no la guardamos con escrupuloso cuidado. Hay muchos que creen mantener intacta su fe, pero, en realidad, sólo conservan las exterioridades del dogma, sin la sustancia, porque el más íntimo y oculto rincón de su inteligencia le adhiere a la tierra. Esto se debe a que, en sus quehaceres diarios, no han reflexionado lo suficiente, se han expuesto a las sorpresas de una naturaleza caída

y, de ese modo, se les ha deformado su mentalidad.

Principalmente, sin ese prudente hábito de ver, juzgar y actuar en relación con uno mismo, no será posible la formación del sentido católico, esa delicada flor de la fe que nos da la capacidad de sentir, en las mínimas cosas, el buen olor de Cristo o el hedor pestilente de la mundanidad, y de saber en cada momento lo que es más favorable a la Iglesia, pues el amor ardiente tiene presentimientos de lo que el entendimiento aún no ha visto.

Dominar las tendencias desordenadas

El hombre es libre, se determina en su obrar, al ser dueño de sus actos. Esto no significa que no sienta la atracción de los diversos objetos que le rodean, los cuales se le presentan como posibles fines de su actividad, incluso porque, sin esa atracción, la voluntad humana no podría actuar. En efecto, la voluntad se inclina hacia el bien y, por tanto, no puede moverse si no se le propone algún bien.

No obstante, el bien hacia el que se inclina propia y necesariamente la voluntad es el bien absoluto, porque la experiencia prueba, irrefutable-

mente, que todos deseamos una felicidad ilimitada. Sin embargo, tal felicidad no puede ser dada por las cosas de este mundo, que son limitadas en sí mismas. Por consiguiente, nada de este mundo puede atraer irresistible y absolutamente la voluntad. Y cuando la voluntad elige un objeto, lo hace con miras a esa felicidad ilimitada, a cuya consecución el objeto escogido contribuye de alguna manera.

Muchas veces, aunque veamos el verdadero bien, sentimos el peso de las malas tendencias que nos empujan hacia objetos que no pueden saciar nuestro ardiente deseo de una felicidad plena, más bien nos alejan de ella, pero que engañan ese deseo con una aparente satisfacción, que se disipa enseguida. Entonces cedemos a menudo, pero cedemos libremente, sabiendo que hemos abandonado el camino del verdadero bien, impulsados por la inmediatez, que encuentra este camino muy largo y difícil.

Y, libremente, abdicamos de nuestra libertad, entregándonos a las tremendas fuerzas que el pecado original ha desatado en nosotros. Así, de caída en caída, el poder de la voluntad se debilita, hasta que estas fuerzas se vuelven más poderosas y esclavizan

al pecador, quien, de ahí en adelante, sólo se valdrá de su libertad para entregarse a ellas. Es necesario, pues, fortalecer la voluntad mediante el ejercicio sistemático de actos austeros, para que pueda, sin peligro, dominar las tendencias desordenadas que cada uno posee a causa del pecado original y, así, poner orden en el alma.

Implorar el auxilio de la gracia

Sin embargo, nada puede robustecer la voluntad e iluminar la inteligencia con respecto al bien como la gracia de Dios, que nos llega abundantemente de Jesucristo, nuestro Señor.

En este sentido, hay una doble definición del Concilio Tridentino que ilumina singularmente el asunto. En primer lugar, es una herejía afirmar que los infieles no pueden practicar actos virtuosos, porque, si así fuera, el hombre no sería naturalmente libre. No obstante, quien afirme que le es posible al hombre, sin el auxilio de la gracia, cumplir durable y totalmente los mandamientos, sea anatema, porque eso sería negar los efectos del pecado original. Así, la educación de la voluntad nunca podría completarse sin la gracia, porque por la gracia adquiere su verdadero significado: es la correspondencia libre del hombre al don inestimable de Dios.

Además, la gracia transforma nuestros actos, dándoles un valor sobrenatural.

Así, dependen de la gracia la posibilidad y excelencia de la obra de nuestra santificación; pero de nuestra voluntad depende su realización. De lo contrario, ya no habría mérito; y sería absurdo suponer que lo que ni siquiera el pecado original quitó, la libertad, fuera suprimido por la gracia. La gracia es un tonificante para la voluntad que, fortalecida, sabe afirmarse entre tantas fuerzas disidentes y seguir su inclinación natural hacia el verdadero bien, y no su decadencia, eligiendo libremente, según su criterio interior, lo que le parece mejor. Y

si la gracia es un tonificante, se hace necesario que la voluntad se valga de ese tonificante, para que no ocurra que la gracia quede vacía en nosotros y, por tanto, inútil, según dice el Apóstol (cf. 1 Cor 15, 10).

Sería ilusorio pensar en una santificación automática por gracia. La vida de los santos, por el contrario, demuestra que la santificación es una lucha ardiente y tenaz.

Medios para ganar la batalla de la santificación

La oración verbal o mental, privada o litúrgica, no constituye el fin de la vida espiritual. Ese fin es la santificación, es decir, la muerte a nuestra naturaleza caída y nuestra reconstrucción en Jesucristo (cf. Rom 6, 3-11). Pero la oración constituye un medio eficaz para dotar al católico de mayores recursos para la lucha interior. Sin embargo, el auxilio divino se concede según la recta intención de quien lo pide, en cualquier tipo de oración.

Lo mismo sucede con los sacramentos: aunque objetivamente contengan la gracia y sean, por tanto, un recurso seguro, de nada sirven sin

la correspondencia interior de quien los recibe. De igual manera, el santo sacrificio de la misa es un caudaloso torrente de gracias, pero la mayor o menor recepción de ellas, con mayor o menor aprovechamiento, depende esencialmente de las disposiciones interiores de los asistentes.

Capaces de superar dificultades cada vez mayores

Una gracia así correspondida por nosotros, y que ha producido frutos en nosotros, es prenda de nuevas y mayores gracias. Y, al concedernos esta mayor libertad, Dios exige de nosotros más numerosos y excelentes frutos de santificación, hasta nuestra perfecta consumación en Jesucristo. Así, la mayor abundancia de gracias conferidas a una persona no pretende privar su vida espiritual de todos los obstáculos, sino hacerla capaz de superar obstáculos cada vez mayores. De hecho, nuestra naturaleza ha sido deformada, de arriba abajo, por el pecado original.

Así pues, hemos de destruir el edificio viciado de nuestra naturaleza pecaminosa, para reconstruirlo en Cristo. Y cuanto más progresá y se profundiza



Mario Shinoda

De la gracia dependen la posibilidad y la excelencia de la obra de nuestra santificación; pero de nuestra voluntad depende su realización

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1991

este trabajo, con la gracia de Dios, más difícil se hace, porque volvemos a la causa de todos nuestros defectos, hasta que llegamos a ese punto en que merecemos recibir del Espíritu Santo la transformación final. No sólo merezcamos recibirla, sino que tengamos el valor de soportarla.

Necesidad de la lectura espiritual y modo de hacerla

Meditar es aplicar inteligencia a las verdades eternas, para conocerlas siempre mejor. También es aplicarla al conocimiento exacto, tanto como sea posible, de nosotros mismos, para verificar el grado de correspondencia entre lo que hay en nosotros y esas verdades eternas y, de ahí, deducir los medios prácticos para alcanzar esa correspondencia. Para este último fin, se requiere una aplicación de la voluntad a todo lo ya meditado, para que se fortalezca en el amor del bien y el odio al mal, y se proponga mejorar. Existen varios métodos de meditación, pero entre todos ellos sobresalen los que están contenidos en los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio.

Para meditar bien es casi siempre necesaria la lectura espiritual, o sea, la lectura atenta y devota de algún libro de piedad, debidamente aprobado por la autoridad eclesiástica.

La lectura espiritual nos recuerda nuestro destino eterno en medio de las actividades de este mundo, que nos distraen por su multiplicidad y urgencia; nos desapega la inteligencia y la voluntad de las cosas terrenales y nos eleva la sensibilidad, ya mostrándonos las misteriosas bellezas de la fe, ya moviéndonos por los ejemplos de santidad, o incluso dándonos reglas prácticas de vida y devoción. De esta manera, la lectura espiritual deposita en nosotros el germen de la

perfección cristiana, que se desarrollará y madurará por la meditación, la cual encuentra en ellos sus elementos vitales. Más explícitamente, la lectura espiritual es la que proporciona la materia de nuestra meditación.

Sin embargo, para que sea provechosa, esa lectura debe ser periódica, frecuente y cuidadosamente proporcionada a los intereses especiales de uno, porque de lo contrario su influencia fragmentaria y dispersa fácilmente sería disuelta por los agentes mundanos, que actúan casi sin cesar.

Obligación de estudiar la doctrina católica

Para meditar bien es necesario también el conocimiento claro de la doctrina de la Iglesia.

Hemos visto que la meditación versa sobre las verdades eternas. Ahora bien, estas verdades están



Thiago Tamura

La lectura espiritual, la meditación, el estudio de la doctrina católica y el examen de conciencia son elementos esenciales para la vida interior

contenidas en la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, sin la instrucción religiosa que nos dé su conocimiento claro, no sólo se pueden perder los frutos de la meditación y la lectura espiritual, sino que también puede suceder muy probablemente que el espíritu entre a divagar por caminos oscuros, que conducen a ilusiones peligrosas y a errores fatales, con sus consecuencias impredecibles sobre la sensibilidad.

Además, la doctrina de la Iglesia contiene las verdades que son objeto de fe. Ahora bien, si es la fe la que caracteriza a nuestra profesión de católicos, todos estamos obligados a conocer tales verdades en toda la medida de nuestra condición y habilidad, ya que nadie puede creer sin saber lo que cree. Y será la mayor ingratitud para con Dios, que nos ha revelado estas verdades para nuestra salvación, no aplicarnos en conocerlas tanto como sea posible.

Hacer en todo la voluntad de Dios

El fruto siguiente a la vida espiritual, según hemos visto, debe ser el firme propósito, el deseo cada vez más vivo y ardiente de servir a Dios y desapegarse por completo de las cosas del mundo. Deseo vivo, porque se propone emplear todos los medios que conducen a ese fin y no desfallece ante las dificultades y a la vista de la propia debilidad, pero que es consciente de su libre albedrío y confía humilde y activamente en la Providencia.

Ardiente, porque se consume de celo por la gloria de Dios.

El firme propósito no significa la promesa de siempre, en todo y en las mínimas cosas hacer la voluntad de Dios, porque tal promesa no se puede de hacer sin una vocación especial o gracia particular y, aun así, en rela-

ción con ciertos hechos determinados. Sino que es la voluntad intensa de que esto suceda lo más pronto y perfectamente posible.

Examen de conciencia: la llave de la vida espiritual

Para evitar sorpresas y obtener resultados positivos de la vida espiritual y, por ahí, adoptar los métodos siempre más adecuados para tratar con nosotros mismos, es necesario el examen de conciencia al menos cotidiano.

El examen consiste en la inspección cuidadosa de nuestros pensamientos, palabras y obras, en un período de tiempo determinado, y en la investigación de los motivos y circunstancias de nuestro comportamiento. En el examen hecho así está la llave de la vida espiritual, pues gracias a la apreciación concreta de lo que pasa en nosotros podemos lograr la actividad superior y general de ver, juzgar y actuar sobre nosotros mismos. Además, el examen de conciencia nos ayuda a disipar falsas ideas acerca de nosotros mismos, nos conduce a la humildad y nos estimula al arrepentimiento.

También es necesario el examen de conciencia para la confesión. En este particular, todos hemos de tener un director espiritual, que es la cúpula de todo lo que se ha dicho en materia de la vida de piedad. En efecto, todas las recomendaciones que se han hecho serían prácticamente inútiles sin la dirección de un sacerdote que, por estar mucho más equipado por sus conocimientos y gracias especiales, sabe indicar los caminos que sus penitentes pueden seguir con seguridad.

Si no fuera por la inexperiencia de los que se inician en las vías de la perfección —inexperiencia que ciertamente los hará errar si no tie-



Leandro Souza

Todas las reglas de vida espiritual deben encontrar su complemento indispensable en la devoción a la Virgen y a la santísima Eucaristía

Misa celebrada en la capilla de Nuestra Señora del Pilar, Ubatuba (Brasil)

nen una guía—, bastaría considerar que la vida espiritual exige que cada cual se juzgue a sí mismo. Si bien que nadie puede ser juez, no diremos imparcial, sino objetivo de sí mismo. Por lo tanto, es necesario una tercera persona de gran sabiduría y virtud incuestionable.

Devoción a la Santísima Virgen y a la sagrada Eucaristía

La vida espiritual requiere mortificación, es decir, la guarda cuidadosa de los sentidos, o no será vida espiritual. La verdadera mortificación no sólo consiste en privarnos de los placeres ilícitos o peligrosos, sino también de aquellos placeres lícitos que pueden halagar las malas disposiciones y tendencias desordenadas de cada uno.

Por último, todas estas reglas de vida espiritual deben encontrar su

complemento indispensable en una doble devoción, sin la cual no se cosecharía fruto alguno: la devoción a la Virgen y a la sagrada Eucaristía.

La Virgen Santísima es la Reina de la bienaventuranza y de los bienaventurados, y la devoción a Ella es un signo seguro de predestinación. Sólo hay un camino hacia Dios, que es Nuestro Señor Jesucristo; pero sólo hay un camino hacia Nuestro Señor Jesucristo, que es Nuestra Señora, la Mediadora de todas las gracias.

Así, el devoto de la Santísima Virgen encontrará en el Corazón de María el propio Corazón de Jesús, en lo que este corazón tiene de más amoroso, más tierno, más compasivo. Ahora, donde más se manifiestan las finezas del Corazón de Jesús es en la santísima Eucaristía. De esta manera, la devoción a Nuestra Señora lleva natural y espontáneamente a la devoción eucarística.

Sin ese culto fervoroso a la Eucaristía —que sólo puede ser verdadero con el culto mariano, por el culto mariano y en el culto mariano—, no es posible la vida espiritual, ya que consiste en asimilar este sublime alimento. En el Santísimo Sacramento es donde reside no sólo la gracia, sino el autor de toda gracia, a cuya semejanza se hacen los elegidos, porque fuera de Él no hay bendición ni fruto, ni resurrección bienaventurada. A él, por tanto, el honor, la gloria, la alabanza, la adoración, la acción de gracias, por los siglos de los siglos. Amén. ♦

Extraído, con adaptaciones,
de: Dr. Plinio. São Paulo. Año IV.
N.º 38 (mayo, 2001), pp. 20-24;
N.º 39 (jun, 2001), pp. 6-9.

Un devoto de la Virgen

Cuando un corazón justo e irreprochable es herido por la desconfianza en Dios, sólo la cercanía a María Santísima puede curarlo de ese mal.



» Luis Felipe Marques Toniolo Silva



Jules & Jenny (CC by 2.0)

San Zacarías - Iglesia de Santa Margarita de Antioquía, King's Lynn (Inglaterra)

Entre los católicos de nuestros días, el interés por el conocimiento de la vida de los santos ha crecido sensiblemente. Ciento pesar, sin embargo, experimentan quienes investigan la biografía de los miembros de la Iglesia Católica naciente, no los de los primeros siglos, sino los de los primeros años y decenios, los que convivieron con Jesús.

Los evangelistas fueron muy succinctos al contarnos sus vidas. Narran de forma breve y sencilla la historia de personajes que despiertan la curiosidad de todo cristiano que se dedica

Entre los personajes mencionados en los Evangelios sólo por San Lucas se encuentra San Zacarías, miembro de la tribu de Levi y padre de San Juan Bautista

a su estudio a lo largo de los tiempos. ¿Quiénes eran los Apóstoles o los discípulos? Aquel grupo de mujeres que seguían a Jesús, ¿qué virtudes tenían? Los que fueron objeto de milagros —ciegos, paralíticos, resucitados—, ¿qué fue de ellos después de ser curados? Pocas palabras y cortas líneas, pequeños rasgos biográficos; esto es todo lo que la posteridad ha heredado.

No obstante, entre los evangelistas destaca el médico San Lucas. Este escritor sagrado, quien al comienzo de su narración anuncia que lo investigó «todo diligentemente desde el principio» (Lc 1, 3), presenta a algunos de los protagonistas del Evangelio con rica información biográfica. ¡Y él no es más que la pluma del Espíritu Santo!

Llamado el evangelista de la infancia de Jesús, recoge hechos y personas que no aparecen en otros relatos del Nuevo Testamento, lo que nos lleva a creer que su «diligente» investigación lo condujo hasta testigos oculares, personas aún vivas que habían presenciado los primeros pasos del Redentor, o incluso hasta los protagonistas de los sublimes episodios narrados.

Entre los personajes descritos tan sólo por San Lucas se encuentra Za-

carías, padre de San Juan Bautista; y, entre los acontecimientos exclusivos, leemos el anuncio del ángel y el nacimiento milagroso del Precursor.¹

Zacarías, el levita

«En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abías» (Lc 1, 5). Como primoroso narrador, el culto San Lucas señala el momento histórico de la circunstancia: fue durante el reinado de Herodes. Se trata de Herodes I, llamado el Grande, que reinó sobre toda Palestina del 37 a. C. al 4 d. C.

Zacarías, derivado de Zicrí, primo de Aarón, era un nombre común entre los descendientes de Leví (cf. Éx 6, 21 y Neh 12, 16) y significa *Dios recordó*.

Los levitas formaban la tribu de Israel cuya prerrogativa era el culto y el servicio en el Templo. En tiempos del rey David (cf. 1 Crón 23, 1-5), un censo indica, además de su número, cómo estaban organizados: veinticuatro mil se dedicaban directamente a los sacrificios; seis mil eran escribas o jueces; cuatro mil, porteros; y otros cuatro mil, músicos. El rey-profeta los dividió en veinticuatro grupos o clases, que se alternaban en las funciones sagradas. La octava clase fue la de Abías.

Tras el exilio babilónico y la reconstrucción del Templo, se reorganizó el culto y se restableció el servicio de las clases sacerdotales. Cuando les tocó su turno, el grupo debía reunirse en Jerusalén para desempeñar sus funciones. Así fue como Zacarías, habitante del pueblo montañoso de Ain Karim, a siete kilómetros al oeste de la Ciudad Santa, tuvo que acudir allí para el sacrificio.

El elogio de las Escrituras

Zacarías se había casado con Isabel, cuyo nombre significa *Dios juró*. Ella también descendía de Aarón. Sobre ellos, el evangelista comenta que «los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los man-

damientos y leyes del Señor» (Lc 1, 6).

Las Escrituras, siempre parsimoniosas en su descripción de personajes, no escatimó palabras para tejer elogios a la conducta del sacerdote. En el Antiguo Testamento, las almas santas eran llamadas justas, adjetivo dado a varias figuras bíblicas. En el caso de Zacarías, a esta dignidad se suma el hecho de que caminaba «sin falta según los mandamientos y leyes del Señor». ¡Qué elogio! Zacarías era un varón recto, íntegro y fiel.

A las alabanzas a la dignidad del levita se le añade una nota de tristeza: no tenía hijos. Contrariamente a los parámetros modernos, que condenan la prole numerosa, en el Antiguo Testamento los hijos eran un signo de la bendición de Dios, mientras que la esterilidad era considerada una maldición, aunque abunden en las páginas sagradas ejemplos de madres infériles con hijos milagrosos: Sara, a pesar de ser estéril, concibió a Isaac (cf. Gén 11, 30); Ana en circunstancias similares dio a luz al profeta Samuel (cf. 1 Sam 1, 2-6); y Sansón nació también por un prodigo (cf. Jue 13, 2). La fidelidad de Zacarías se hacía, pues, aún más meritaria, ya que en la adversidad se mantenía irreprochable.

Del Evangelio podemos inferir algunos rasgos más del santo personaje. Como judío fiel, según se desprende de las palabras de San Lucas, su conducta como sacerdote debía ser ejemplar. Los ritos sacrificiales, la forma de oración y el culto vigente entre los israelitas, los realizaba con piedad y fervor. En una época de decadencia moral y religiosa del pueblo



Francisco Leceras

San Zacarías y Santa Isabel, de Bernhard Strigel - Colecciones de Pintura del Estado de Baviera, Múnich (Alemania)

Zacarías se había casado con Isabel, también descendiente de Aarón. Ambos eran justos ante Dios y observaban los preceptos del Señor

elegido, el amor de este sacerdote por las Escrituras contrastaba ciertamente con la frialdad e indiferencia de los levitas de entonces.

He aquí el perfil moral y psicológico de Zacarías, cuya trama de vida pronto se uniría al acontecimiento culminante de la historia.

La prueba de Zacarías

A Zacarías le correspondía ofrecer aquel día el incienso en el santuario del Señor. Era un momento solemne

del culto, y todo el pueblo esperaba afuera, porque a este acto le seguía la bendición. Allí, en el ambiente más sagrado de la religión judía, en medio de la nube perfumada que se apoderaba de todo el recinto, se apareció el ángel Gabriel, portador de una buena noticia: «No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado» (Lc 1, 13a).

¿A qué súplica se refería el celestial mensajero? Ciertamente Zacarías le había pedido a Dios que pusiera fin a la humillación de la esterilidad y le diera descendencia. Pero las oraciones del santo sacerdote no se centrarían sólo en sus propios intereses. Debe de haber pedido la venida del Mesías, porque había llegado el tiempo de las profecías; debe de haber rogado a Dios que preparara al pueblo elegido para recibir al Prometido; debe de haber implorado al Altísimo que curara el estado de tibieza manifestado entre la clase sacerdotal de Israel, tan reprimido por los profetas.

«Tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan» (Lc 1, 13b), prosigue el ángel, revelando que ese niño «será grande a los ojos del Señor», poseerá «el espíritu de Elías» para cumplir una misión: «preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (Lc 1, 15-17).

El mensaje era demasiado grande para el corazón de aquel anciano. El justo Zacarías sintió la desproporción entre su pequeñez y la magnitud de la promesa divina. Escuchó, vaciló, dudó. Su actitud no sorprende, pues no hay batalla más intensa para el hombre que la de la fe. El sacerdote que había superado todas las luchas de la vida, volviéndose irreprochable, titubeó por un momento.

Por algún misterioso designio, Dios permitió la flaqueza de Zacarías, similar

al doble golpe de Moisés en la roca (cf. Núm 20, 11), que lo privó de la entrada a la tierra prometida. Quizá la Providencia aprovechara ese instante de debilidad para enseñar a las generaciones futuras cuán duras son las pruebas de fe, que estremecen incluso el corazón de los hombres más escogidos. Además, esta defeción daría

oportunidad para que la mediación de María Santísima se manifestara por primera vez en la historia.

Sin embargo, el ángel Gabriel anuncia que Zacarías se quedará mudo porque no había creído.²

En la compañía de María Santísima

Una vez que Isabel concibió, su prima fue a visitarla en la fase final de su embarazo. El momento de la llegada se convierte en una sinfonía de exclamaciones y cantos sublimes. Isabel, tomada por la gracia, prorrumpió en alabanzas a María: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1, 42.45); Juan el Bautista exulta en el seno materno, porque oyó la voz bendita de la Madre de Dios; la Santísima Virgen canta el magnificat.

Pero de estas armonías, Zacarías no participó. Privado de oído, no escuchaba nada; mudo, no exclamaba nada y no cantaba nada.

No obstante, el anciano pudo gozar unos meses de la compañía de María, durante los cuales aprendió verdaderas lecciones de fe de aquella joven tan llena de unción, no por medio de palabras, sino con el ejemplo.

Ciertamente se maravilló de que María, elegida para la misión más alta de la historia —ser la Madre de Dios!— se ofreciera a ayudar a su prima en las tareas domésticas, como preparar la comida, lavar la ropa o limpiar una habitación. ¡Qué preciosas enseñanzas observó y recogió Zacarías, tal vez el único testigo de estos actos de virtud de Nuestra Señora! Ese retiro mariano preparó su corazón para el nacimiento de su hijo.

Y si, por un lado, Zacarías analizaba a la joven, Ma-

Ante el anuncio del ángel, Zacarías sintió la desproporción entre su pequeñez y la grandeza de la promesa divina. Escuchó, vaciló y dudó...



San Gabriel se le aparece a Zacarías durante la ofrenda de incienso, de Pedro Matés - Museo de Arte de Gerona (España)



Fotos: Reproducción

Visitación de la Virgen María a Santa Isabel y nacimiento de San Juan Bautista, por los hermanos Salimbeni -
Oratorio de San Juan Bautista, Urbino (Italia)

ría Santísima también lo observaba. ¡Cuántas veces no habría rezado Ella por el silencioso anciano!

«Juan es su nombre»

«A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo» (Lc 1, 57). Y, el día de la circuncisión, surge la discusión entre los familiares: ¿qué nombre ponerle al niño?

Interpelado por medio de señas, Zacarías, ahora lleno de fe y obediente al ángel Gabriel, escribe ante los ojos atónitos de todos: «Juan es su nombre» (Lc 1, 63). Al instante, el sacerdote recupera el habla. En ese momento, sin embargo, cualquier palabra sería banal; ¡Zacarías abre los labios para cantar!

Lleno del Espíritu Santo, entona el cántico que la Iglesia recuerda diariamente en las laudes de la liturgia de las horas: el *Benedictus*. Sus palabras, retenidas durante tantos meses por la mano del ángel, serán repetidas hasta el fin de los tiempos por la voz de la Iglesia: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo» (Lc 1, 68). ¡Zacarías canta un himno de fe!

*En su trato con
María Santísima,
Zacarías restauró su
corazón herido por
la duda; así pues, al
recuperar el habla,
icantó un himno de fe!*

Un corazón sanado por la presencia de María

La pluma del evangelista silencia el resto de la vida de San Zacarías. Es comúnmente aceptado que, ya ancianos, él y su esposa Isabel no permanecieron mucho más en esta tierra; pronto se reunieron con sus padres, mientras su privilegiado hijo comenzaba a ser preparado misteriosamente para su misión.

No obstante, si la atención de San Lucas se centra en la misión de Juan el Bautista y en la vida del Mesías, los breves acontecimientos relatados en el primer capítulo de su evangelio son suficientes para trans-

mitir una preciosa lección sobre la vida de los santos.

Incurren en gran error quienes piensan que el camino de las almas virtuosas en la tierra es como un agradable paseo, en el que las luchas, las pruebas y los dolores están ausentes. Al contrario, los santos combaten y sufren, y por eso mismo son dignos de alabanza.

Por último, la biografía de este venerable levita también nos hace comprender que la presencia y el trato con María Santísima pueden restaurarlo todo, incluso un corazón herido por la duda y la desconfianza en Dios. ♦

¹ Además del Evangelio de San Lucas, en este artículo se han utilizado, para la información histórica y exegética, las siguientes obras: TUYA, OP, Manuel de. *Biblia comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, t. V, pp. 749-759; IGLESIAS, Salvador Muñoz. *Los Evangelios de la infancia*. Madrid: BAC, 1986, t. II, pp. 96-97.

² La palabra griega que aparece en el Evangelio de San Lucas —*kophos*— puede significar mudo o sordo, o ambas cosas a la vez. Lo que se infiere de la lectura es que Zacarías se quedó sordomudo, aunque el evangelista no lo diga explícitamente.

¿La existencia del purgatorio tiene fundamento bíblico?

Objeto de debate y punto de inflexión para varios heresiarcas a lo largo de la historia, ¿dónde encuentra la doctrina de la Iglesia Católica su sólida base sobre el purgatorio?

✉ Cristian Francisco Jesús Pardo Montes



A lo largo de la historia, la humanidad ha tratado de investigar acerca del destino del alma después de la muerte, y en este camino hacia la eternidad se ha preguntado a menudo por la existencia del purgatorio. Es cierto que en la Sagrada Escritura no encontraremos referencias explícitas a la palabra *purgatorio*; pero ¿ocurrirá lo mismo con respecto a su realidad esencial? ¿Una lectura rápida de los santos evangelios, por ejemplo, no desafiará la opinión de quienes, alegando falta de evidencia bíblica, niegan su existencia? Analicemos estas cuestiones en el presente artículo.

El destino eterno del alma

Después de la muerte existen únicamente dos destinos eternos: el Cielo y el infierno. Al primero sólo sube quien permanece firme en la fe, en una vida santa: «El que persevera hasta el final, se salvará» (Mt 10, 22). La perseverancia, sin embargo, no consiste en no caer, sino en levantarse cuando hay alguna falta y progresar continuamente, amando, reverenciando y sirviendo a Dios, para así merecer la vida eterna.

Por lo tanto, la justicia de Dios va de la mano de su misericordia, como nos enseña San Pablo: «Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma, como para servir al Señor, y no a los hombres: sabiendo que recibiréis del Señor en recompensa la herencia. Servid a Cristo Señor. Al injusto le pagarán sus injusticias, pues no hay acepción de personas» (Col 3, 23-25).

El infierno, a su vez, también es eterno. Esta es una doctrina corriente entre el pueblo elegido, reafirmada en múltiples ocasiones por Nuestro Señor Jesucristo: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él, se sentará en el trono de su gloria. [...] Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber”» (Mt 25, 31-41-42).

Una evidencia lógica del purgatorio

Sabemos que el pecado es una ruptura con el plan divino para la humanidad, tanto en sentido universal como particular. San Juan nos enseña la diferencia entre el pecado mortal,

que rompe nuestra relación con Dios, y el pecado venial, que debilita nuestro amor: «Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pida y Dios le dará vida —a los que cometan pecados que no son de muerte, pues hay un pecado que es de muerte, por el cual no digo que pida. Toda injusticia es pecado, pero hay pecado que no es de muerte» (1 Jn 5, 16-17).

Considerando que sólo existen dos destinos eternos, el Cielo y el infierno, y que sólo quienes están completamente limpios de pecado son admitidos en la bienaventuranza celestial, surge una pregunta: ¿qué pasa con los que mueren en estado de pecado venial? El cielo no acepta imperfección alguna, pero el pecado venial no aleja al alma de Dios hasta el punto de hacerla merecedora del infierno. ¿Cómo purificarse en ese estado? He aquí la razón de la existencia del purgatorio.

El raciocinio está claro, pero ¿cuál es su fundamento en la Sagrada Escritura?

La Biblia describe la esencia del purgatorio y la necesidad de su existencia: purgar y limpiar las faltas veniales y las imperfecciones de quien

ha sido bueno, pero perfecto no del todo, según el mandato del Señor: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Oraciones y sacrificios expiatorios por los fallecidos

El segundo libro de los Macabeos narra que, al recoger los cuerpos de los caídos en batalla, los soldados judíos encontraron bajo la túnica de los muertos objetos consagrados a ídolos, práctica prohibida por la ley mosaica. El ejército del Señor comenzó entonces a rezar, implorando que ese pecado fuera perdonado, y Judas Macabeo organizó una colecta para enviarla a Jerusalén a fin de que se ofrecieran sacrificios expiatorios en el Templo (cf. 2 Mac 12, 9-46).

Aquellos combatientes fallecidos luchaban en las huestes del Dios Altísimo, lo que sugiere que no hubo ruptura formal por su parte con la verdadera religión. No obstante, su falta los había manchado, hasta el punto de convertirse en blanco del castigo divino (cf. 2 Mac 12, 40).

Inspirado por el Espíritu Santo, el autor sagrado elogia la actitud de Judas: «La idea era piadosa y santa. Por eso, encargó un sacrificio de expiación por los muertos, para que fueran liberados del pecado» (2 Mac 12, 46). Y de esta afirmación se infiere que ciertos pecados pueden ser redimidos después de cruzar el umbral de la eternidad, lo que quedará aún más claro en la enseñanza del divino Maestro.

pasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?». Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos *hasta que pagara toda la deuda*. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano» (Mt 18, 32-35).

En su divina sabiduría, el Salvador quiso introducir el detalle «*hasta que pagara toda la deuda*», lo que nos permite deducir la existencia del purgatorio. En efecto, sabemos que el Cielo y el infierno son eternos, pero la parábola nos revela que, por misericordia divina, existe un estado de espera para los que se han salvado y necesitan purificarse antes de contemplar el rostro del Dios tres veces Santo; un tiempo de sufrimiento saldrá las «deudas» que contrajeron en esta tierra a causa de sus propios pecados.

Otra afirmación del divino Maestro nos lleva a la misma certeza: «Quien diga una palabra contra el Hijo del hombre será perdonado, pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el otro» (Mt 12, 32). Por tanto, hay ciertas faltas que pueden ser perdonadas en la otra vida, y otras que no se borrarán ni siquiera en la eternidad.

A distintas clases de pecados, castigos distintos

En otro pasaje del mismo evangelista, vemos al Señor en lo alto del monte proclamando las bienaventuranzas, que enseñan a los hombres de todos los tiempos el comportamiento moral perfecto.

En un momento dado, el Maestro afirma: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el sanedrín, y si lo llama “necio”, merece la condena de la gehena



Reproducción

El autor sagrado elogia a Judas Macabeo por haber organizado una colecta para ofrecer sacrificios expiatorios en favor de los soldados muertos

«Judas Macabeo redime el pecado de los muertos», Libro de Horas de la condestable Anne de Montmorency - Museo Condé, Chantilly (Francia)

del fuego. Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito procura arreglarte enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo» (Mt 5, 21-26).

Es digno de destacar la distinción que hace el divino Redentor sobre la gravedad de las faltas: imperfecciones, pecados leves y pecados graves. Estos últimos ciertamente conducen al infierno; los demás no, pero en este pasaje el Señor subraya la necesidad de que el alma se purifique de ellos antes de entrar a la Patria celestial —«no saldrás de allí hasta que hayas

pagado el último céntimo»—, como se ha mencionado antes.

El que peca se levanta contra Dios, contra el orden establecido por Él en el universo y contra su propia conciencia.¹ La absolución sacramental recibida en la confesión perdona la ofensa cometida contra Dios y su consiguiente pena eterna, pero no borra ciertas reminiscencias del pecado, como la ofensa al orden del universo y, en el caso bíblico citado más arriba, contra el prójimo y la propia conciencia, faltas que conlleven pena temporal. Parte de esa pena puede saldarse en esta vida mediante indulgencias, penitencias, oraciones o mortificaciones, pero lo que quede de ella debe ser purificado en las llamas del purgatorio.

En el día del juicio, el fuego probará nuestras obras

Pasemos ahora de la enseñanza del divino Maestro a la de los Apóstoles.

Uno de los pasajes más esclarecedores sobre el purgatorio lo encontramos en la primera epístola a los corintios, en la que San Pablo explica la importancia de la recta intención en el apostolado y la necesidad de restituir a Dios la gloria de todos nuestros actos, porque nada bueno que hagamos proviene de nosotros mismos.

Dirigiéndose a las personas que se dedicaban a predicar la buena nueva, les hace la siguiente advertencia: «Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. Y si uno construye sobre el cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja, la obra de cada cual quedará patente, la mostrará el día, porque se revelará con fuego. Y el fuego comprobará la calidad de la obra de cada cual. Si la obra que uno ha construido resiste, recibirá el salario. Pero si la obra de uno se quema, sufrirá el castigo; mas él se salvará, aunque como quien escapa del fuego» (1 Cor 3, 1-15).

San Pablo enumera en primer lugar los materiales nobles como el oro, la plata y las piedras preciosas, que simbolizan las obras realizadas por puro amor a Dios. En cambio, la madera, la hierba y la paja representan, en palabras del Apóstol, las de quien no ha puesto su corazón exclusivamente en el Señor, las cuales serán consumidas por el fuego. Por no ser un perfecto seguidor de Cristo, es necesario que las obras de quien así actúa pasen por el fuego, pero sólo por un tiempo, porque aún se salvará...

¿Y los méritos de Cristo?

Los méritos de Nuestro Señor Jesucristo son infinitos y suficientes para purificarnos de nuestros pecados. Sin embargo, el rechazo de los bienes de la Redención, manifestado por el pecado actual, nos aparta de las bendiciones divinas, que sólo se recuperan mediante el sacramento



Así como el siervo ingrato fue entregado a los verdugos «hasta que pagara toda la deuda», muchas almas necesitan saldar en el purgatorio las «deudas» contraídas en esta tierra en virtud de sus pecados

«Parábola del siervo ingrato» - Biblioteca del monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla (España)

de la confesión, instituido por el Salvador.

Nadie contemplará a Dios cara a cara teniendo en su alma alguna mancha o imperfección, por pequeña que sea. Ante el Tribunal Supremo —en palabras de San Juan— «si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, Él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros» (1 Jn 1, 8-10).

Insistimos en que los méritos de Cristo son infinitos, pero si, por el pecado, no los aceptamos, se convierten en el signo de nuestra condenación. Por tanto, es necesario contar con el concurso de nuestros sacrificios, como dice San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col 1, 24).

De las Escrituras al magisterio de la Iglesia

Basados en la Sagrada Escritura y la Tradición apostólica, concilios y Papas fueron unánimes al afirmar la existencia del purgatorio.

Ya en el siglo XIII, los concilios primero y segundo de Lyon así lo declararon: «Con aquel fuego transitorio se purgan ciertamente los pecados, no los criminales o capitales, que no hubieren antes sido perdonados por la penitencia, sino los pequeños y menudos, que aun después de la muerte pesan, si bien fueron perdonados en vida»; [...] «si verdaderamente arrepentidos murieren en caridad antes de haber satisfecho con frutos dignos de penitencia por sus comisiones y omisiones, sus almas son purificadas después de la



Está en nuestras manos aliviar a las almas del purgatorio, ofreciendo por ellas, sobre todo, el holocausto de valor infinito de la santa misa

Redención de las almas del purgatorio por la sangre de Cristo, de Pedro de Villegas Marmolejo - Museo de Arte Sacro, Écija (España)

muerte con penas que lavan y purifican».²

No menos categórico fue el papa León X al aseverar la existencia del purgatorio cuando condenó las doctrinas que Lutero propagaba por toda la cristiandad. En su bula *Exsurge Domine*, de 1520, el sumo pontífice censuró las siguientes declaraciones del heresiárca: «El purgatorio no puede probarse por la Escritura Sagrada que esté en el canon»; «Las almas en el purgatorio no están seguras de su salvación»; «Las almas en el purgatorio pecan sin intermisión, mientras buscan el descanso y sienten horror de las penas»...³

El Concilio de Trento concluyó en su profesión de fe: «Sostengo cons-

tantemente que existe el purgatorio y que las almas allí detenidas son ayudadas por los sufragios de los fieles».⁴ Y la Congregación para la Doctrina de la Fe aclaró que esa purificación previa a la visión divina es completamente distinta al castigo de los condenados.⁵

Recemos por las almas del purgatorio

Teniendo en cuenta lo expuesto en estas líneas, convenzámmonos de la existencia del purgatorio porque, si la misericordia de Dios así lo decreta, también nosotros podremos ir allí en un futuro incierto, y tal vez no muy lejano...

Además, está en nuestras manos aliviar a nuestros hermanos que sufren en ese lugar de tormento, ofreciendo por ellos no sólo el fervor de nuestras oraciones o sacrificios expiatorios, como lo hizo Judas Macabeo, sino el holocausto de valor infinito que se renueva cada día sobre el altar, la santa misa.

Que por los méritos de nuestro divino Salvador, unidos a los del Inmaculado Corazón de María, intercedamos por las almas que aún padecen en el purgatorio, conquistando para ellas la llave que les abrirá las puertas del Cielo. ♦

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 87, a.1; SAN PABLO VI. *Indulgientiarum doctrina*, n.º 2.

² DH 838; 856.

³ DH 1487-1489.

⁴ DH 1867.

⁵ Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología*, n.º 7.

Lección viva del Evangelio

Doña Lucilia deseaba ver la imagen del Señor fijada en lo más profundo del alma de los demás y hacerlos partícipes de su inocencia. En este sentido aplicó su esfuerzo, su compromiso y su virtud.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

«**M**i actitud de alma con mi madre era, sin duda, de una consonancia enorme y completa», afirmó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira acerca de su trato con Dña. Lucilia.

El fenómeno físico de la consonancia consiste en la vibración simultánea de sonidos afines. Cuando se ponen juntas, por ejemplo, una serie de copas de cristal o de campanas y se hace que una de ellas suene en un solo tono de forma constante, enseguida las otras copas o campanas armónicas con ese tono comienzan a vibrar, mientras que las demás, no armónicas, permanecen estáticas. Esta consonancia sonora es símbolo de algo que ocurre en un ámbito muy superior, es decir, en las relaciones humanas. Cuando una persona es consonante con otra, al oírla hablar, al verla cómo tomar una decisión o al presenciar una actitud digna de admiración, de inmediato esto repercute en su alma, o sea, se establece un acuerdo.

Sin embargo, el término *consonancia* no abarca todo lo que existía entre los dos, porque el mundo de los sonidos es restringido... Mucho más que el tañido de una campana, que hiciese resonar otra campana llamada

Plinio, existía una profunda relación entre ambos, de modo que los deseos de Dña. Lucilia eran los de su hijo, la inocencia de ella era la de él, la piedad de ella era la de él, la comprensión y el amor de ella a la Iglesia eran los de él.

Encuentro entre reflejos de Dios

Un comentario del Dr. Plinio parece aclarar el origen sobrenatural

de esta unión: «Las almas encuentran misteriosas consonancias con otras almas del mismo género, aunque en modo alguno haya una razón especial de amistad. Un reflejo de Dios que se encuentra con otro reflejo de Dios y realiza un anhelo de Dios. [...] Entonces, ¿qué es la consonancia? Es este discernimiento y esta forma de bienquerer que se correlaciona con ella».

El propio Dr. Plinio decía que había notado en su madre algo que sentía que le faltaba a él. Así, a partir de un profundo discernimiento con respecto de ella, en quien vio la acción de la gracia y un verdadero arquetipo de bondad, él mismo comenzaría a ser un reflejo de Dios a la búsqueda de los anhelos de Dios en los demás.

Podemos medir el grado de influencia ejercido por Dña. Lucilia sobre él, si consideramos esta explicación suya: «Las influencias entre los hombres son muy variadas, tienen grados y obedecen a una jerarquía. [...] De todas las influencias posibles, una resulta la más profunda. Es la ejercida por quien, a cualquier título, representa para el otro un modelo a imitar y seguir, es decir, un arquetipo. [...] Si, por ejemplo, un hijo ve en sus padres la realización de la persona ideal que quiere ser de



Reproducción

La influencia más profunda es la ejercida por quien representa un modelo a seguir, un arquetipo

Doña Lucilia con 30 años
aproximadamente

mayor, se dejará influir más fácilmente por ellos. En la medida en que los padres no sean este arquetipo, la influencia sobre su hijo menguará y éste buscará el “prototipo” en otra persona. Por lo tanto, el “prototipo” es la mayor de las influencias concebibles».

Desde pequeño, observando a Dña. Lucilia, vislumbraba que tras ella había algo «mucho mayor que en los demás»: era el Arquetipo divino. Plinio aún no sabía explicarlo ni buscarlo de modo explícito, porque no tenía ninguna noción de que Él existiese. Después de haber paseado innúmeras veces por las excelsitudes paradisiacas del alma de su madre y de haber hecho una firme apreciación sobre ella, a Plinio no le quedaba más que imaginar, por encima de ella, a alguien que fuese infinito, o sea, Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cuándo nació en su mente esta idea?

Un mismo líquido, en recipientes desiguales

Una vez, cuando el autor de este artículo le preguntó cómo había llegado a la conclusión de la existencia de este arquetipo, el Dr. Plinio se sirvió de una metáfora muy elocuente. Decía que había sido como un niño que toma un refresco o un zumo en una copa de licor. Después toma el mismo líquido en un vaso de cristal. Cuando lo toma en la copa de licor y en el vaso de cristal, el niño tiene la misma sensación porque los líquidos son idénticos, pero «no llega a la conclusión de que es el mismo líquido; le gustó uno y otro. Si alguien le dijese: “Es el mismo líquido”, lo tomaría con la mayor naturalidad».

Es decir, ya desde el primer instante del uso de razón, al ver a Dña. Lucilia, la comprendió y la amó; y cuando, a los 5 años, entró en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús y vio, al fondo de la nave lateral, su imagen, lo comprendió y lo adoró. No fue hasta más tarde que, explicitando



**Observando a Dña. Lucilia,
desde pequeño, el Dr. Plinio
vislumbraba algo mucho mayor:
el Arquetipo divino**

Sagrado Corazón de Jesús - Santuario dedicado a Él en São Paulo

bien la identidad de impresiones que poseía a propósito de Dña. Lucilia y a propósito del Sagrado Corazón de Jesús, se dio cuenta: «¡He aquí quien es más que ella, el arquetipo de ella!». Pero los dos, ella, una criatura y Él, el Creador, estaban en la misma línea; lo que había en ella lo había en Él, sólo que con una diferencia de intensidad: en Él era infinito y de forma absoluta, en ella, por participación.

«Era como si Él viviese en ella. De manera que aquel *émerveillement*¹ causado en mí por ella era más circunscrito, pero de la misma naturaleza que el producido por Él en mí. Una cosa era derivación de la otra. Cuando mucho más tarde conseguí definirlo, no fue una conquista ni una sorpresa, sino que lo tomé con toda naturalidad». Se trataba de un mismo líquido contenido en recipientes desiguales.

Reflejo vivo del Corazón de Jesús

Doña Lucilia se sentía enormemente atraída por el Sagrado Corazón de Jesús y tenía con relación a Él

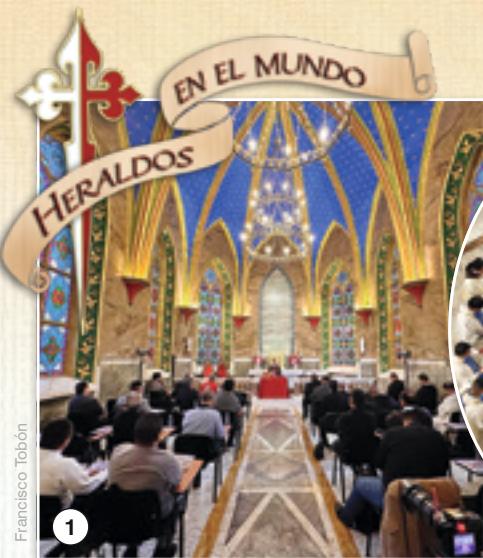
una devoción sin límites, porque en Él contemplaba la bondad, el perdón y la misericordia en esencia. Esta bondad era el aspecto de Nuestro Señor Jesucristo que ella estaba llamada a representar con prominencia, convirtiéndose, de hecho, en un reflejo vivo y rutilante de Él, tanto para el Dr. Plinio como para todos aquellos con los que ella debería desempeñar un papel de madre, queriéndolos como a hijos.

Por lo tanto, era una dama inocente, que vivía una intensa unión con Dios, deseosa de ver la imagen de Nuestro Señor fijada en el fondo de las almas de los demás y de hacerlos partícipes de la inocencia de Él. En este sentido aplicaba todo su esfuerzo, su empeño y su virtud.

De donde el Dr. Plinio concluía: «Simplemente en la manera de ella decir “Jesús” o “el Sagrado Corazón de Jesús”, entraba una forma de profundo respeto, de admiración recogida y de una confianza sin límites. Como podía notarse, tenía plena noción de que nuestro Salvador era la fuente de toda misericordia, bondad y paciencia; y se dirigía a Él especialmente como tal. De ahí procedían estas virtudes, que vi alcanzar grados literalmente inimaginables. Cuando me contaba episodios de la vida de Nuestro Señor, comprendía su dulzura porque la veía reflejada en mi madre; de manera que ella se convirtió [para mí] en una especie de lección viva del Evangelio». ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira.
Città del Vaticano-Lima: LEV;
Heraldos del Evangelio,
2016, t. I, pp.158-162.

¹ Del francés: admiración, fascinación.



Francisco Tobón

1



José Sánchez

2



Javier García



Fotos: Jesse Arce

4



5



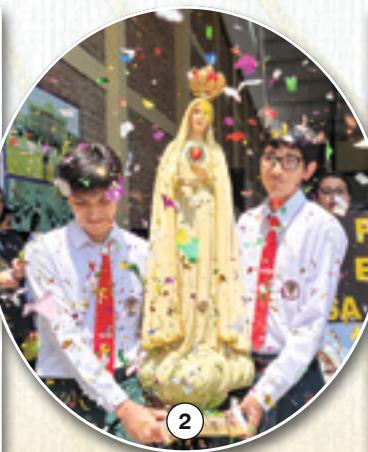
6

Colombia – Del 23 al 25 de septiembre, treinta y dos sacerdotes de diferentes regiones del país participaron en el III Encuentro Sacerdotal Mariano, realizado en el complejo de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá (foto 2). Las conferencias, que versaron en torno al tema «*In persona Christi et totus Mariæ*», fueron impartidas por el P. Felipe de Azevedo Ramos, EP (foto 1). El encuentro contó también con la participación de Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá (foto 3). Ese mismo mes, miembros del Apostolado del Oratorio María, Reina de los Corazones se reunieron en la mencionada iglesia para un congreso nacional más (fotos 4 a 6).



Jairo Avacena

1



2



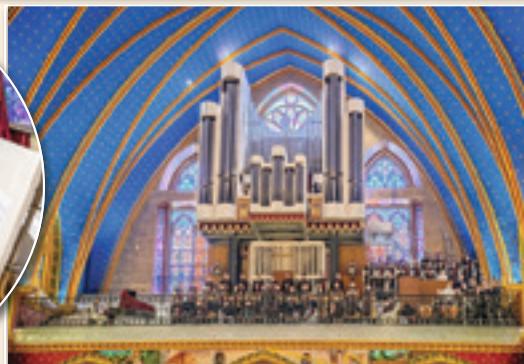
Foto: Jeffy Cabrera

Perú – Un intenso programa, culminado con la misa, marcó el 14 de septiembre la celebración de la Exaltación de la Santa Cruz en los terrenos del futuro centro mariano de los heraldos, situado en el distrito de Asia (foto 1). Días antes, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el colegio Madre del Buen Consejo, de Piura (fotos 2 y 3).

Inauguración del órgano

El día 21 de septiembre, durante una concelebración solemne, fue inaugurado el órgano de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil). Tras la homilía, se procedió a la bendición del instrumento —que consta de 48 registros, tres teclados y 3.190 tubos—, seguida de la aspersión, la incensación y la ceremonia de «despertar», en la que el órgano, hasta entonces silencioso, sonaba por primera vez en el recinto sagrado. Des-

pués de la misa, los presentes disfrutaron de un concierto inaugural, que contó con la participación de tres organistas: la Hna. Priscilla Stephanie Lourenço Cerqueira, EP, y el matrimonio propietario de la compañía Kreienbrink, responsable de la construcción e instalación del órgano, Kirsten Schweimler-Kreienbrink y Joachim Kreienbrink.



Fotos: Marcelo Vincenzi / Leandro Souza



Fotos: João Luiz Barreto

Brasil – La parroquia Jesús Buen Pastor, situada en Cidade Estrutural (Distrito Federal), celebró la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre, con una misa al aire libre. A la solemne eucaristía asistieron numerosos fieles, que pudieron venerar un fragmento de la verdadera cruz de Cristo, colocado en un hermoso relicario.



La violencia religiosa en Nigeria en cifras

El Observatorio para la Libertad Religiosa en África ha publicado recientemente un informe sobre la persecución religiosa en Nigeria, con datos recopilados entre los años 2019 y 2023. Según el documento, durante ese período se produjeron 55.910 muertes y 21.621 secuestros en 11.610 ataques, lo que equivale a un promedio de ocho ataques por día. Las cifras revelan el alcance de la violencia a la que está sometida la población civil y, en particular, las comunidades cristianas.

De hecho, una de las preocupaciones del estudio era investigar la religión profesada por las víctimas, y los resultados presentan una sorprendente discrepancia: de los 30.880 civiles asesinados, 16.769 eran cristianos; 6.235, musulmanes; 154, seguidores de cultos africanos y 7.722, de religión desconocida.

Mil seiscientas Primeras Comuniones en el Congreso Eucarístico de Ecuador

El 53.^º Congreso Eucarístico Internacional, realizado en septiembre en la ciudad de Quito (Ecuador), comenzó con una multitudinaria misa en la que 1.600 niños hicieron la Primera Comunión. La celebración, presidida por Mons. Alfredo José Espinoza Mateus, SDB, arzobispo metropolitano, contó con la presencia de Mons. Andrés Carrascosa Coso, nuncio apostólico en Ecuador, así como de numerosos obispos, y congregó a más de 25.000 personas en la explanada del Parque Bicentenario.

SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Los niños que recibieron por primera vez el Pan de los ángeles fueron invitados a ser auténticos «misioneros eucarísticos» y a cultivar en sus familias el lema que orientó el congreso: *Fraternidad para sanar el mundo*.



Reproducción

to de la gran doctora de la Iglesia sea expuesto a la veneración de los fieles.

La patrona de Costa Rica cumple doscientos años

El 23 de septiembre, Costa Rica conmemoró el bicentenario de la proclamación de Nuestra Señora de los Ángeles como patrona de la nación. Reconocida oficialmente por el Congreso Constituyente en 1824, la imagen de esta advocación se encuentra en uno de los santuarios marianos más significativos de Centroamérica, y es símbolo de la fe sincera de un pueblo que desea crecer bajo la égida de la Santísima Virgen.

La pequeña imagen de piedra, cuya devoción se remonta a la época colonial, fue descubierta en un bosque por una indígena de la región. Después de mostrar, de manera milagrosa, que quería permanecer en el lugar, se construyó un templo para acogerla. Como parte de los festejos por los doscientos años de patronazgo, esa imagen recorrerá las diócesis del país, y se llevarán a cabo en su honor solemnes celebraciones eucarísticas, peregrinaciones y congresos.

Laicos invitados a «ser monjes» por una tarde

Proporcionarles momentos de silencio, meditación y oración a los laicos es el objetivo de la iniciativa *Tardes en el monasterio*, promovida por la parroquia del municipio de San Cibrao das Viñas, de la provincia española de Orense. Una vez al mes, los fieles de entre 25 y 65 años se reúnen en un convento masculino o femenino para rezar con los religiosos y participar en el rezo de las vísperas. La primera comunidad donde se ha celebrado fue el monasterio de Santa María Osera, en el municipio de San Cristóbal de Cea.

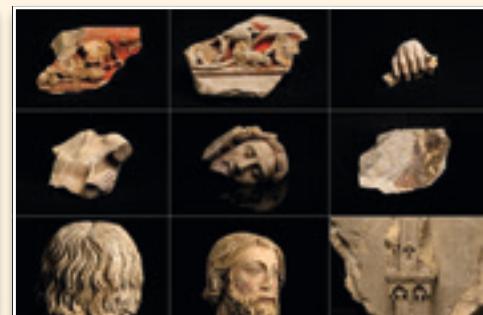
Una propuesta similar es desarrollada desde mayo por la archidiócesis de Granada: *Orar en los claustros*, que invita a los fieles a compartir momentos de oración con las religiosas

Esculturas medievales policromadas descubiertas en Notre Dame

Las excavaciones arqueológicas iniciadas con motivo de la restauración de la catedral de Notre Dame de París siguen revelando importantes descubrimientos que enriquecen su historia. Recientemente, el Instituto Nacional de Investigaciones Arqueológicas Preventivas ha publicado los resultados de los últimos años de pesquisas: se han encontrado más de mil fragmentos de esculturas que pertenecieron al retablo medieval de Notre Dame, construido en

torno al 1230 y destruido en el siglo XVIII. Más de la mitad de los fragmentos aún conservan su policromía original, sorprendiendo a los expertos por la belleza y sublimidad de las esculturas preservadas durante siglos bajo tierra.

Los trabajos de investigación y restauración continuarán hasta la primavera de 2025, pero a partir del 19 de noviembre algunas muestras ya se podrán ver en el Museo Cluny de París.



Muestras de los fragmentos de esculturas encontrados durante la restauración de la catedral de Notre Dame

de clausura. La iniciativa empezó en el convento de las jerónimas, en Granada, y deberá recorrer las comunidades de las agustinas recoletas, las comedadoras de Santiago, las clarisas y las carmelitas, entre otras.

Imagen de la Virgen permanece intacta en medio del incendio

Desafiando la ola de graves incendios provocados por el intenso calor y las fuertes sequías que asolaron la provincia de Córdoba (Argentina), en septiembre, una imagen de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa permaneció intacta en medio de las llamas. El hecho ocurrió en el Centro Mariano del Espíritu Santo, situado en Quebrada de Luna, en la región de Punilla, y fue ampliamente registrado por el fotógrafo Ariel Luna.

Las fotografías muestran una escena de contrastes: mientras las llamas aún consumen lo que queda del santuario, la imagen de la Virgen María

permanece, no sólo intacta, sino inmaculada: «No tenía ni una marca, no estaba chamuscada, nada», declaró Ariel Luna a los medios. El hecho, que fue interpretado como milagroso y como una señal de la intervención de Dios en medio de la catástrofe, se convirtió en motivo de esperanza para todos los afectados por la tragedia.

Ochocientos años de la estigmatización de San Francisco de Asís

El monte Alverna, en la región de la Toscana (Italia), recibió a franciscanos de todo el mundo para celebrar los 800 años de los estigmas de su fundador, San Francisco de Asís, que sucedió el 17 de septiembre de 1224. En el santuario construido en el lugar del milagroso acontecimiento, donde una piedra al pie del altar marca el sitio exacto en el que el santo recibió las llagas de Cristo, los frailes ofrecieron el canto de los oficios propios de la fiesta y varias

celebraciones eucarísticas en agradecimiento a Dios por los dones concedidos al Poverello, pionero en la historia de la Iglesia en lo que respecta a este fenómeno extraordinario de la mística.

En el marco de esta conmemoración, el arzobispo de Benevento, Mons. Felice Accrocca, publicó en el periódico *Avvenire* un artículo titulado «800 años: ¿Son una invención los estigmas de San Francisco? Así se desmonta la tesis», para defender la veracidad de los estigmas frente a viejas teorías que consideran el hecho como un engaño. Monseñor Accrocca analiza las fuentes históricas primarias —como la carta de fray Elías sobre la muerte de San Francisco, la obra hagiográfica escrita por Tomás de Celano y las rúbricas manuscritas del propio santo enviadas a su confesor, fray León, narrando lo sucedido—, para probar la historicidad del episodio, destacando la grandeza de esta experiencia mística vivida por el seráfico patriarca.

Una amenazadora bola de nieve

Tal belleza comportaba, no obstante, formidables peligros. Una piedrecita de nada podría resultar en una verdadera catástrofe.

✉ Mariana Cristina Moniz



Un albísimo paisaje rodeaba la pequeña ciudad de Höhenlagen: montes elevados y cubiertos de nieve, cuando iluminados por el sol, reflejaban la luz como si fuera la aparición de miríadas de ángeles. Muchos se preguntaban si ésa no era la entrada al Paraíso... Una montaña destacaba sobre las demás: era el Himmelsspitze. Su cima ni siquiera se podía vislumbrar, pues se erguía más allá de las nubes.

En ese pueblo vivía Wilhelm. Desde el primer atisbo de razón se había familiarizado con las alturas. Su entretenimiento desde pequeño consistía en hacer pícnicos o contemplar el amanecer desde sitios altos. Aunque eran muchos los beneficios, la región también comportaba varios peligros. Y uno de ellos acompañó el desarrollo de Wilhelm, para desembocar en un trágico acontecimiento. ¿Quieres conocer su historia?

Siempre sacaba buenas notas en la escuela, porque estaba dotado de una gran inteligencia. Augusta, su madre, en extremo satisfecha, decidió una vez recompensarlo con una visita a la mejor confitería de la ciudad, donde el niño podría deleitarse a su gusto. Wilhelm caminaba por la tienda, entusiasmado con lo que veía, y Augusta lo seguía, analizando lo que más le estaba gustando para luego com-

prárselo. Después de unas vueltas y de haber elegido los pasteles, llegó el momento de pagar. Mientras tanto, Wilhelm continuaba admirando lo que encontraba en los escaparates. De repente, se topó con algo nuevo: una tarta ricamente decorada con chocolate, estrellitas de mazapán, fruta confitada y *chantilly*. ¡Tenía pinta de estar deliciosa! Entonces fue corriendo a pedir que la añadieran a la compra, pero el vendedor le dijo:

—Ya está reservada para otro cliente.

Wilhelm no quedó satisfecho con la explicación y se quedó cerca, esperando un «buen momento». «Al menos me gustaría probar un poquito», pensaba para sí. Entonces, al darse cuenta de que nadie prestaba atención, pasó el dedo por la tarta y tomó un bocado. En ese mismo instante, de la cima del Himmelsspitze se desprendió una piedrecita del tamaño de un botón y empezó a rodar ladera abajo, acumulando nieve a su alrededor a medida que se deslizaba...

Pasó el tiempo. Wilhelm cumplió 15 años. Un día en el colegio, el profesor anunció:

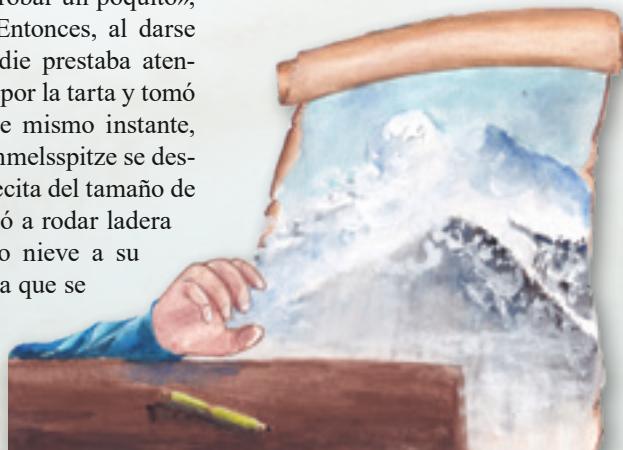
—Hoy tendremos un examen sorpresa de inglés. Con eso descubriremos los puntos débiles en la asimilación de la materia, para hacer un repaso en la siguiente clase. Así aprenderéis correctamente.

—¿Se puede usar el lápiz, profesor? —preguntó alguien.

—Ni hablar. El examen hay que responderlo con bolígrafo, ¡siempre!

Durante la evaluación, Wilhelm vio a uno de sus compañeros con un atractivo bolígrafo: su exterior era de un verde intenso y tenía detalles en bronce.

—¡Qué boli tan bonito, Erwin! ¿Dónde lo has comprado?



Mientras Wilhelm robaba el bolígrafo, la piedra que se había desprendido del Himmelsspitze empezó a rodar más deprisa

—No lo sé... Me lo regaló mi hermana cuando volvió de Francia.

—Chicos —les advirtió el maestro—, ahora no es el momento de hablar.

Y cada uno regresó a su propio examen. Wilhelm, que era muy capaz, lo terminó rápidamente, sin demostrar inseguridad en ninguna pregunta. Le entregó su hoja al maestro, se sentó de nuevo y se quedó observando el bolígrafo de su compañero, que luchaba por acabar la evaluación. Reflexionaba: «¡Mmm...! Fíjate, ¡si es de esa super marca! Erwin realmente no entiende nada; ¡ese no es un bolígrafo para un examen! Ni siquiera sabe lo que está usando».

Al finalizar la clase, el profesor dijo:

—Ya podéis entregarme el examen e irnos al recreo.

Cuando Erwin estaba saliendo, Wilhelm se le acercó:

—¿Qué tal lo has hecho?

—Creo que voy a aprobar por los pelos... Necesito tomar agua, estaba muy nervioso.

Wilhelm bajó al patio con él, se tomó un vaso de zumo y, a escondidas, volvió al aula. Abrió el estuche de Erwin y le robó el bolígrafo, guardándolo en el fondo de su mochila. Luego regresó al recreo, tratando de que no se le notara nada. Simultáneamente al acto pecaminoso, aquella misma piedrecita que se había desprendido del Himmelsspitze cubierta de nieve rodaba más deprisa y crecía en tamaño.

En otra ocasión, el joven cruzaba por un mercadillo para acortar camino y pasó por delante de dos ancianitas, que estaban sentadas charlando, y que ya se despedían para volver a sus casas. Una de ellas se olvidó una bolsita con algunas monedas de oro en el banco de madera. Sin que nadie se diera cuenta, cogió el saquito y se lo quedó. Y aquella bola de nieve, a la que ya no podemos llamar «bola», se hacía más grande y aceleraba su marcha.

A medida que Wilhelm avanzaba en edad, el vicio del hurto echó raíces aún más profundas en su alma. Se convirtió en un ladrón muy ágil, robaba enormes cantidades de dinero y siempre escapaba ilesa, sin que nadie sospechara siquiera de él. Con lo que había conseguido se construyó una lujosa vivienda en la ladera del Himmelsspitze.

Una noche, tumbado en su cama, planeaba el robo para el día siguiente. Había descubierto que en la capilla privada del obispo había objetos de un valor incalculable, y soñaba con venderlos en otra ciudad para aumentar su fortuna. De repente, oyó un ruido extraño y amenazador. A cada segundo el sonido se hacía más fuerte y parecía acercarse. Se levantó inmediatamente y fue hasta la ventana para averiguar de qué se trataba: una enorme bola de nieve bajaba de la montaña a muchos kilómetros por hora hacia donde él estaba. Por su tamaño, la casa quedaría reducida a escombros.

A esa altura, los habitantes de Höhenlagen habían salido de sus casas para observar cómo se desarrollaría el triste acontecimiento. Todos rezaban, muchos gritaban, otros le aconsejaban a Wilhelm que abandonara la casa cuanto antes; pero él no reaccionaba, estaba estático y con los ojos desorbitados.

Sin embargo, más veloz que la destrucción causada por la fuerza de gravedad era la gracia haciendo su última llamada. Como un relámpago, la conciencia del ladrón le advirtió de que ése era el castigo por sus crímenes; la nieve podría sepultarlo en el fuego eterno si no se arrepentía.

Pálido, hizo la señal de la cruz con sus manos temblorosas y las juntó, diciendo una oración. En ese momento —¡oh, milagro!— cuando la muerte estaba a diez metros de engullirlo, la Santísima Virgen, toda resplandiente, intervino. Con los brazos ex-



Ilustraciones: Priscila Vieira

Más veloz que la enorme bola de nieve fue la gracia de arrepentimiento recibida por Wilhelm

tendidos y el Corazón visible en su pecho, su figura irradiaba una intensa luz que licuó la nieve y secó el agua del hielo derretido. En unos instantes, ¡el peligro había desaparecido!

Profundamente conmovido, Wilhelm salió de su criminal residencia en busca de sus conciudadanos. El pueblo acudió enseguida a su encuentro y él, arrodillándose ante todos, confesó sus pecados en voz alta y llorando. ¿Cómo iban a rechazar a quien Nuestra Señora amó hasta el punto de librarlo de la muerte y convertirlo? La actitud de los habitantes de Höhenlagen fue de compasión y caridad.

Al devolver todo lo que había robado y donar sus bienes a los necesitados, el antiguo ladrón se convirtió en un hombre nuevo. Y allí, al pie del Himmelsspitze, empezó a levantarse un nuevo monte: la vida de virtud que Wilhelm abrazó a partir de entonces.

Tengamos presente que cuando cedemos a cualquier error, por pequeño que parezca, éste progresará en nosotros hasta alcanzar proporciones inmensas, al igual que la pequeña piedra se transformó en una amenazadora bola de nieve. Nada podrá detener este terrible proceso, excepto la misericordia de María ante Dios, nuestro Señor. ♦

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Todos los Santos.

Beatos Pedro Pablo Navarro, presbítero, Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu, religiosos jesuitas, y Clemente Kyemon, laico (†1622). Quemados vivos en Shimabara, Japón, por odio a la fe cristiana.

2. Conmemoración de todos los fieles difuntos.

Beata Margarita de Lorena, religiosa (†1521). Duquesa de Alençon, Francia, que tras enviudar abrazó la vida religiosa en un monasterio de clarisas que ella misma había construido.

3. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Martín de Porres, religioso (†1639 Lima, Perú).

Santa Silvia (†s. VII). Madre del papa San Gregorio Magno, quien afirmó que había alcanzado la cima de la oración y de la penitencia.

4. San Carlos Borromeo, obispo (†1584 Milán, Italia).

Santa Modesta, abadesa (†s. VII). Primera abadesa del cenobio de Santa María ad Horreum, en Tréveris, Alemania.

5. Santa Ángela de la Cruz, virgen y fundadora (†1932 Sevilla, España).

Beato Gregorio Lakota, obispo y mártir (†1950). A causa de su fe, fue llevado al campo de concentración de Abez, Siberia, donde soportó los tormentos corporales más atroces hasta su muerte.

6. Santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, presbíteros, y compañeros, mártires (†1934-1936 España).

San Melanio, obispo (†d. 511). Construyó una iglesia con sus



Reproducción

Beato Tomás Reggio

propias manos en Rennes, Francia, y congregó a monjes para el servicio de Dios.

7. San Vicente Grossi, presbítero (†1917). Fundó el Instituto de las Hijas del Oratorio en Cremona, Italia, para la formación cristiana de las jóvenes generaciones.

8. San Adeodato I, papa (†618). Gobernó la Santa Iglesia con sencillez y sabiduría, dedicando profundo amor al clero y a los fieles.

9. Dedicación de la Basílica de Letrán.

Beata Carmen del Niño Jesús, religiosa (†1899). Viuda y fundadora del Instituto de las Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones en Antequera, España, para el cuidado de los desvalidos.

10. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San León Magno, papa y doctor de la Iglesia (†461 Roma).

San Baudelino, ermitaño (†s. VIII). Fue favorecido con los dones de milagros y profecía. Murió en Villa del Foro, Italia.

11. San Martín de Tours, obispo (†397 Candes-Saint-Martin, Francia).

Beata Alice Kotowska, virgen y mártir (†1939). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Resurrección, fusilada en Laski Piasnica, Polonia, por no renegar de su fe en Cristo.

12. San Josafat, obispo y mártir (†1623 Witebsk, Bielorrusia).

San Margarito Flores, presbítero y mártir (†1927). Por ser sacerdote, fue fusilado en Tulimán, México, durante la persecución contra la Iglesia.

13. San Leandro, obispo (†c. 600 Sevilla, España).

Santa Maxelendis, virgen y mártir (†670). Al elegir a Cristo como su esposo y rechazar al individuo a quien sus padres la habían prometido, éste la atravesó con su espada en Cambrai, Francia.

14. San Lorenzo O'Toole, obispo (†1180). Prelado de Dublín, Irlanda, promovió valerosamente la disciplina regular de la Iglesia y se esforzó por lograr la concordia entre los príncipes.

15. San Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia (†1280 Colonia, Alemania).

Beato Cayo Coreano, mártir (†1624). Por confesar la fe en Cristo, fue condenado a la hoguera en Nagasaki, Japón.

16. Santa Margarita de Escocia, reina (†1093 Edimburgo, Escocia).

- Santa Gertrudis**, virgen (†1302 Helfta, Alemania).
- Santa Inés de Asís**, virgen (†1253). Hermana menor de Santa Clara, vivió con ella en el convento de San Damián y la ayudó en la fundación de la Segunda Orden Franciscana.
- 17. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.**
- Santa Isabel de Hungría**, religiosa (†1231 Marburgo, Alemania).
- Santa Hilda**, abadesa (†680). Fundadora y primera superiora de la abadía de Whitby, Inglaterra, fue consejera de reyes y príncipes.
- 18. Dedicación de las Basílicas de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles.**
- Santa Filipina Duchesne**, virgen (†1852). Religiosa francesa de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, partió en misión a Estados Unidos, donde ejerció un intenso apostolado y fundó varias escuelas.
- 19. Beato Jacobo Benfatti**, obispo (†1332). Religioso dominico elegido obispo de Mantua, Italia. Cuidó heroicamente del pueblo asolado por la peste y el hambre.
- 20. San Gregorio Decapolita**, monje (†c. 842). Fue cenobita, anacoreta y peregrino. Murió en Constantinopla, donde defendió el culto a las imágenes sagradas.
- 21. Presentación de la Bienaventurada Virgen María.**
- San Gelasio I**, papa (†496). Para evitar que la autoridad imperial perjudicara la unidad de la Iglesia, aclaró las competencias de ambos poderes y su mutua independencia.

- 22. Santa Cecilia**, virgen y mártir (†s. inc. Roma).
- Beato Tomás Reggio**, obispo (†1901). Arzobispo de Génova, Italia, supo unir la austerioridad de vida con una admirable afabilidad. Fundó la Congregación de las Hermanas de Santa Marta, dedicada a servir al prójimo en cualquier necesidad.
- 23. San Clemente I**, papa y mártir (†s. I Crimea).
- San Columbano**, abad (†615 Bobbio, Italia).
- Santa Lucrecia**, mártir (†s. IV). Martirizada en Mérida, España, durante las persecuciones en tiempo del Imperio romano.
- 24. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.**
- Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros**, mártires (†1625-1886 Vietnam).
- Beata María Ana Sala**, virgin (†1891). Religiosa de la Con-

gregación de las Hermanas de Santa Marcelina en Milán, Italia, donde se dedicó por entero a la educación de las jóvenes.

- 25. Santa Catalina de Alejandría**, virgen y mártir (†s. inc. Egipto). **San Maurino**, mártir (†s. VI). Masacrado por paganos cuando evangelizaba a la población rural de Agen, Francia.
- 26. San Leonardo de Porto Maurizio**, presbítero (†1751). Sacerdote franciscano, empleó su vida en la predicación y publicación de libros de piedad. Participó en más de trescientas misiones en Italia.
- 27. Beato Bernardino de Fossa**, presbítero (†1503). Religioso franciscano que propagó la fe católica en muchas regiones de Italia. Ocupó diversos cargos de autoridad en su orden, incluido el de superior provincial.
- 28. San Irenarco**, mártir (†s. IV). Verdugo convertido durante la persecución de Diocleciano, al ver la constancia y la valentía de las mujeres cristianas. Murió decapitado.
- 29. San Francisco Antonio Fasani**, presbítero (†1742). Sacerdote de la Orden de los Frailes Menores Conventuales, sólidamente fundamentado en la práctica de la predicación y la penitencia. Murió en Lucera, Italia.
- 30. San Andrés**, apóstol. **San Cutberto Mayne**, presbítero y mártir (†1577). Convertido al catolicismo y ordenado sacerdote, ejercía su ministerio clandestinamente en Inglaterra cuando fue descubierto y condenado a muerte durante el reinado de Isabel I.



Beata Alicia Kotowska

«¡Prestad

Más que un amenazante estruendo en los cielos, bien podemos considerarlo como una amonestación que nos recuerda verdades eternas.



¿Existe en la tierra una voz más grave que la de los bajos, más profunda que los abismos, más solemne que los réquiem cantados por la Santa Iglesia? Sí, es una voz que resuena desde los días de la creación, cuyo lenguaje no sufrió nada por la confusión de lenguas en el episodio de la torre de Babel. Permanece inalterable a pesar de los cambios de idiomas y de los más variados dialectos, a lo largo de los siglos. Es la voz de Dios en la naturaleza en guerra: ¡el trueno!

Frente a una inminente tormenta, el hombre enseguida piensa en su

seguridad e incluso en sus cómodos intereses: «¿Se cortará la electricidad? ¿Comprometerá mi trabajo? ¿Habrá fuertes riadas o inundaciones? ¿Cómo afectará esto a mi casa, mi calle, mi comunidad?». Se inquieta, toma unas cuantas providencias. Pero ¿qué puede hacer un simple mortal ante la fuerza de la naturaleza? Los cielos se cargan y sueltan el violento temporal...

Son momentos de extrema gravedad, una auténtica fantasmagoría, un glorioso ceremonial. Los vientos sacuden los árboles, arrastran consigo objetos, dañan construcciones.

Los relámpagos iluminan los cielos y, como flechas certeras, los rayos salen disparados por todas partes. El suelo tiembla y gime ante el estruendo de los truenos.

¿Qué grandeza es ésa ante la cual el hombre se siente tan insignificante e impotente?

¿No es cierto que evoca la arquétípica escena de la expulsión de los vendedores del Templo por parte del Señor? Cuántas veces el látigo divino, tejido por el Salvador, no rasgó el aire para descargarse sobre las mercancías de los cambistas, provocando duros estampidos mientras resonaba una

atención!»

✉ Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP



fuerte voz: «No convertáis en un mercado la casa de mi Padre» (Jn 2, 16). ¿Y qué sucedió después? La conversión de muchos ante el clamor de Dios, eficaz limpieza del santuario.

Hay una famosa canción italiana que dice: «*Che bella cosa, una giornata al sole, l'aria è serena dopo la tempesta*». De hecho, ¡cuán más puro queda el aire después de la tormenta! La naturaleza se renueva, germinan las plantas, cantan los pájaros y... el hombre reflexiona. En su subconsciente ronda una pregunta latente: «¿No será esto una advertencia para mí?». El recuerdo de los

novísimos le viene a la mente, estremece un poco, se vuelve inseguro, teme el castigo divino, pero... no se atreve a cambiar de vida. Dominado por una mentalidad escéptica y optimista, desdeña la advertencia, relaja los nervios, toma un trago y suspira: «¡Para qué molestarse con esto!».

Hace falta estar sordo para no oír una voz tan clara y elocuente. El trueno no es sólo un amenazador estruendo del cielo, sino sobre todo una amorosa amonestación del Señor que nos recuerda las verdades eternas. El Creador se muestra extremadamente fiel para con no-

sotros, repitiendo con categórica insistencia en la «voz» del trueno: «¡Prestad atención! ¡Yo existo!».

No imitemos la actitud errada de los israelitas que, al escuchar los «truenos divinos» al pie del monte Sinaí, retrocedieron y dijeron: «Que no nos hable Dios, no sea que muramos» (Éx 20, 19). ¡Oh! No pidamos semejante estupidez, porque no es una opción posible; más bien, oremos para que no seamos sordos y para que esa voz produzca en nuestras almas el fruto que Él quiso cuando la creó.

Y reflexionemos mientras aún estemos a tiempo... ✦



Hijos afectuosos y confiados

Debemos ser para con la Santísima Virgen verdaderos hijos tomados de veneración, afecto y confianza.

Cuando una madre juega con su hijo pequeño quitándole una pelota para darse el gusto de ver cómo la recupera de sus manos, no pretende privar al niño de su juguete, sino que desea educarlo y ver cómo su personalidad se expande. De la misma manera, dependiendo de los movimientos de nuestra alma, debemos ser también muy expansivos, libres, naturales con Nuestra Señora.

Su encanto, su satisfacción, consiste en contemplar la personalidad de cada uno de sus hijos. Se alegra, se deleita en que cada uno de nosotros sea así, con ese temperamento y carácter, con tal de que camine por las vías de la virtud.

Plínio Corrêa de Oliveira